

BIBLIOFILOS GALLEGOS

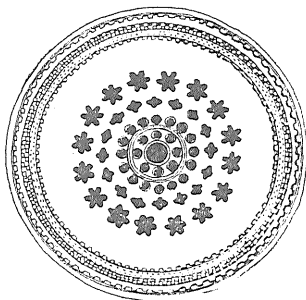
COLECCIÓN "OBRADOIRO"

VIII

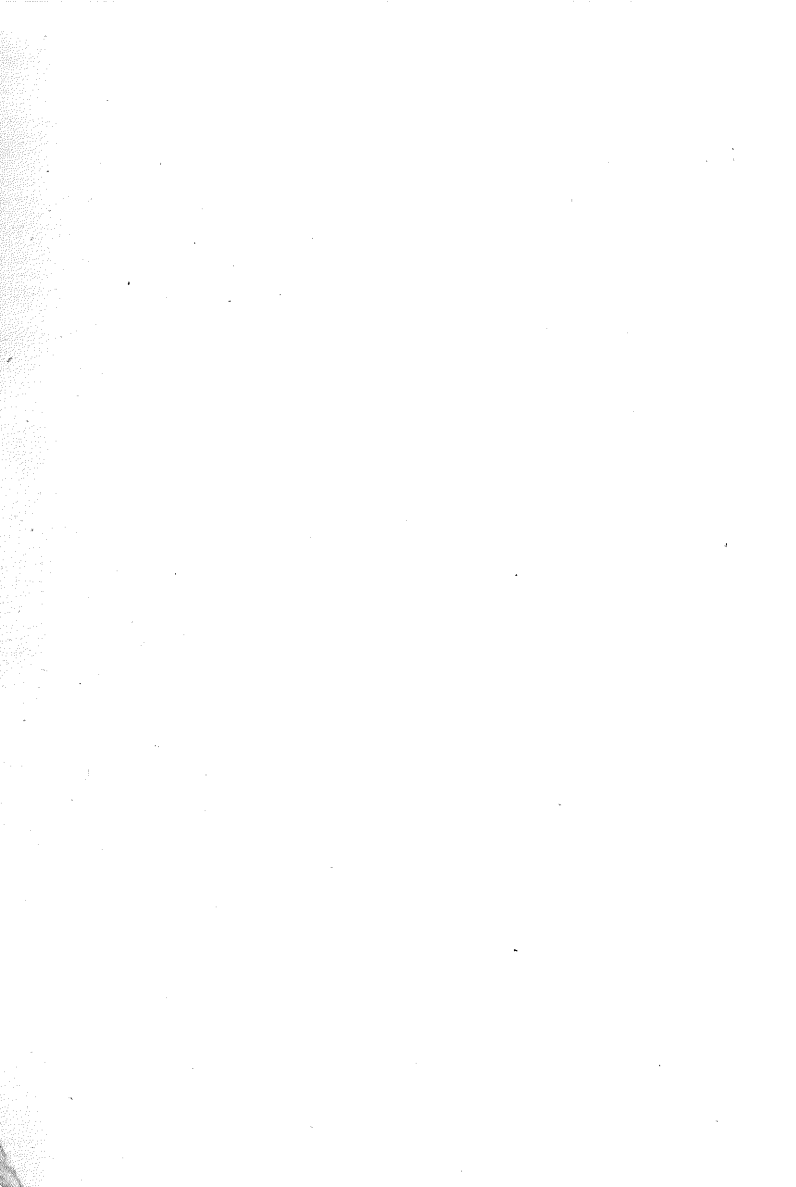
MONASTERIOS CISTERCIENSES
DE GALICIA

POR

LEOPOLDO TORRES BALBAS



SANTIAGO - MCMLIV



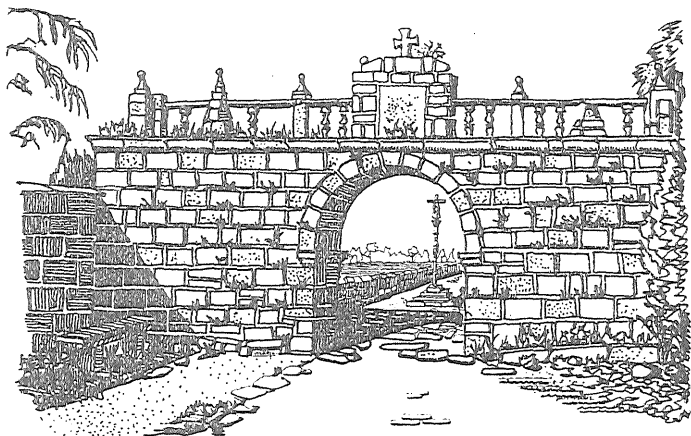
726.7 (461)

COLECCION "OBRADOIRO"

VIII

MONASTERIOS CISTERCIENSES
DE GALICIA

*Dibujos de Antonio Vallejo Acevedo, Agustín Gabriel
López y Carlos Ricardo Castellón; planos del autor.*



Ingreso al Monasterio de Armenteira.

San Bernardo y la orden del Cister

Poco antes de finalizar el siglo XI, Roberto, abad del monasterio francés de Molesmes, y más tarde santo, impulsado por un ardiente deseo de perfección evangélica, no compartido por todos los monjes benedictinos de esa casa religiosa, la abandonó en compañía de varios de ellos. El 21 de marzo de 1098 llegaban a un rincón apartado, pantanoso y salvaje, asperísimo y de gran soledad, llamado Cistercium o Cister, en los bosques situados entre Borgoña y la Bresse. En torno de un humilde santuario consagrado a Nuestra Señora, varias chozas de madera les sirvieron de incómodo albergue.

Languideció la ascética comunidad, en la estrecha práctica de la regla benedictina, hasta que en 1112 llegó a infundirla nueva vida Bernardo, joven señor de Fontaines, con 30 compañeros. Tenía el futuro santo un alma ardiente, heroica y apasionada, sedienta de ideal y penitencia. Al renunciar al mundo, se propuso restablecer la regla de San Benito en su primitiva integridad y rigurosa observancia, en la letra y en el espíritu, acentuando las ideas de austeridad y pobreza. Pretendía que los monjes reformados vivieran en completa soledad, consagrados a la oración, a la caridad y al trabajo manual, con el que asegurarían su existencia, entre penitencias, ayunos rigurosos y vigiliass.

San Bernardo fué al mismo tiempo —y no es el hecho menos prodigioso de su vida— monje contemplativo y místico, de profunda vida interna, totalmente abstraído y ausente del mundo exterior y genial hombre de acción, creador de un espléndido brote de renovación religiosa, cuya intervención en la política de la Europa occidental de su tiempo llegó a ser muchas veces decisiva.

El movimiento religioso promovido por el señor de Fontaines, «gran amador del silencio», dotado de excepcionales condiciones proselitistas y de elocuencia arrebatadora, favorecido por la admirable organización y estrecha disciplina impuesta a sus monjes, alcanzó pronto y extraordinario desarrollo. A dar uniformidad a la orden naciente contribuyeron la regla única, los capítulos anuales y las visitas de los abades de las casas matrices.

Antes de cumplirse los dos años de la llegada de San Bernardo a Cister, la casa religiosa estaba repleta; 13 eran las abadías cistercienses a fines de 1119; 73 en 1134; 343 al morir en 1153 el fundador. En los últimos años del siglo XII la grán familia bernarda contaba con 530 monasterios masculinos repartidos por toda la Europa cristiana, en los que se practicaba el mismo ideal monástico e idéntica regla: apartamiento de la vida mundana, pobreza absoluta, trabajo manual, renuncia a los diezmos, a las iglesias, a los beneficios eclesiásticos y a los señoríos territoriales. Los monasterios tan sólo poseerían la hacienda de campos, viñas, tierras y heredades que monjes y conversos pudieran cultivar por sí mismos. Cuatro mil monasterios de varones y seis mil de mujeres, dice el Padre Yepes, llegó a tener la orden cisterciense repartidos por toda la cristiandad.

Negro era el hábito de los monjes benitos; San Bernardo impuso a sus hijos espirituales la cogulla blanca.

Repercusión artística del nuevo ideal monástico

El gran renacimiento de la vida del Occidente europeo que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XI, tradújose en el dominio del arte por la creación y desarrollo del románico. La orden benedictina, y singularmente su anterior reforma salida de la casa borgoñona de Cluny, elevó iglesias monumentales, con arreglo a las nuevas formas arquitectónicas, enriquecidas con profusa

decoración esculpida. Pinturas historiadas cubrían interiormente sus muros, y vidrieras polícromas cerraban sus ventanas. Múltiples y altas torres dominaban las naves de los templos. Emparejaban con la riqueza de éstos las ceremonias y ornamentos del culto divino, la música polifónica y el suntuoso mobiliario litúrgico.

La austera fe de San Bernardo, su invidencia para el mundo sensible —cuentan sus primeros biógrafos que después de entrar a diario durante un año entero en la sala de novicios, ignoraba si tenía techo de madera o estaba abovedada, y su sorpresa al enterarse un día de que en el muro que cerraba el presbiterio de la iglesia abacial había tres, y no una sola ventana—, desdeñado por la contemplación del interior, le hicieron reaccionar contra la riqueza artística ostentada por los monasterios benedictinos. «Las cosas visibles son efímeras; eternas las invisibles», escribía el bienaventurado Aelred, discípulo y contemporáneo de San Bernardo y abad de Rievaulx, en Inglaterra.

Son bien conocidas las duras y airadas palabras escritas hacia 1125 con calor y verbo por San Bernardo en su *Apología* dirigida a Guillermo, abad de Saint-Thierry, monasterio de la diócesis de Reims. Condenaba en ella la riqueza y el lujo artísticos de las abadías benedictinas y cluniacenses, sus dimensiones excesivas —altura y ancho grande de las naves—, su suntuosa decoración, deleite de los sentidos, cosas todas que atraían las miradas de los fieles con perjuicio de la devoción, obstáculo para el difícil esfuerzo de la contemplación inte-

rior. «¿Qué representan en vuestros claustros —escribía San Bernardo— en los que los monjes se dedican a lecturas piadosas, esos monstruos ridículos, esas horribles hermosuras y bellos engendros?... Tan abundante y admirable variedad de formas surge por todas partes, que más place leer en las piedras que en los códices; más pasar el día mirando esas cosas que meditando en la ley divina. No sólo deberían avergonzarse de lo superfluo de todas esas cosas, sino también del dinero inútilmente gastado en ellas». La pobreza que los cistercienses hacían voto de guardar, les impedía invertir en construcciones excesivas y ornatos innecesarios recursos cuyo recto destino era el alivio de los miserables. No era la primera vez ni sería la última en la historia del cristianismo que espíritus ascéticos condenaban la suntuosidad del arte religioso como camino errado para acercarse a Dios a través de la satisfacción de los sentidos. En vida de San Bernardo, poco antes de mediar el siglo XII, el gran Suger levantaba la abadía de Saint-Denis con opuesto criterio, traduciendo en formas artísticas de inusitado esplendor la piedad y el amor hacia la divinidad.

Ni San Bernardo ni los Capítulos generales de su orden dictaron disposiciones y preceptos referentes a la arquitectura de templos y monasterios. Algunas, sí, de carácter negativo. Prohibiéronse en ellos las representaciones figuradas, las pinturas y esculturas, las torres de piedra, y el empleo de seda y oro en los ornamentos. Las cruces serían de madera; de hierro, candelabros e incensarios; monócromas, las letras de los manuscritos.

Pero nada dicen de las reglas a seguir en la construcción de los templos. Sin embargo, no podían levantarse a capricho; el capítulo general vigilaba y dirigía cada monasterio y las frecuentes visitas abaciales y toda la organización de la orden, sometida, según se dijo, a fuerte disciplina, tendían a la unidad. Los principios morales informaron la técnica arquitectónica; la decisión de suprimir lo superfluo y grato a los sentidos dió origen a una corriente que influyó en todo el arte contemporáneo.

No hubo escuela de arquitectura cisterciense ni existe un tipo único de iglesia bernarda, pero sí una tendencia uniforme, en los primeros tiempos, hacia la sencillez extrema y a la escueta adaptación de los edificios a su destino. Las iglesias fueron «oficinas» de oración en las que nada distraía a los religiosos de la meditación y la contemplación espiritual. Al prescindir de todo lo sensible, conducían a Dios por el camino más breve y derecho.

De este espíritu brotó una arquitectura desnuda, adaptada de manera perfecta a su función, cuya belleza reside en la proporción y armonía de sus partes y en la ordenación general, cualidades por las que está tan próxima a la sensibilidad contemporánea.

Las primeras y modestísimas iglesias cistercienses siguieron el patrón de las más humildes y menos decoradas construídas en el siglo XII en Borgoña, cuna de la orden, templos románicos, cubiertos con frecuencia con bóvedas nervadas y de ojivas que hacia mediados del siglo XII comenzaron a invadir esa región francesa.

Las condenaciones de San Bernardo y el espíritu de la orden se tradujeron en los templos monásticos: en sus proporciones pesadas, ajenas al impulso ascensional que dió desmesurada elevación a las naves de los góticos, a lo que contribuyó también la ausencia de tribunas y triforios; en el espesor y fortaleza de muros, apoyos y bóvedas; en la simplificación, con frecuencia extrema, de los últimos —las columnas, en el caso de haberlas, vuelan casi siempre sobre mensulas o repisas, o arrancan de impostas o cimacios, sin llegar al suelo—, contraria también a la tendencia gótica; en la desnudez de los arcos, a veces sin doblar y desprovistos de arquivoltas; en la supresión de las torres campanarios de piedra, lo mismo en fachada que sobre el tramo central del crucero, sustituidas por sencillas espadañas, y de escultura, pintura y vidrieras policromas; en la sobriedad y simplificación de las molduras y del decorado, hasta llegar en algunas iglesias a la completa desnudez, y, finalmente, en la ausencia de representaciones de seres vivos, al no admitir más ornamentación, cuando existe, que una flora sencilla, convencional y esquemática.

La arquitectura de los monasterios cistercienses no influyó en la génesis de la nueva gótica, pero sí en la evolución de algunas de sus escuelas regionales.

Las naves de los templos bernardos suelen ser largas y ancha la central, para que en ella se acomoden con holgura los coros de los monjes y de los hermanos conversos, muy numerosos éstos en los monasterios principales. Las naves laterales se dedicaban exclusivamente a

las procesiones. En la cabecera, disponíanse el mayor número posible de capillas, pues la antigua disciplina prohibía celebrar dos misas en el mismo altar y día. En los templos de comunidades masculinas, para los ajenos a ella tan sólo se reservaba un reducido espacio a los pies de la nave mayor, tras el coro de conversos. En las iglesias de monjas bernardas, el coro de éstas ocupaba la nave o naves, mientras la de crucero era de libre acceso.

El plano general de los monasterios cistercienses apenas difiere del de los benedictinos anteriores, algunas de cuyas disposiciones mejoraron. En su recinto no debía faltar nada de lo necesario a la vida de sus pobladores: agua corriente, molinos, talleres, huertas y jardines, etc., con el fin de que no tuvieran que salir al mundo exterior. Emplazados siempre junto a una corriente de agua, la condujeron encañada a la cocina, al refectorio y al claustro; al salir del área edificada, pasaba bajo las letrinas.

Las dependencias monásticas se dispusieron en torno al claustro que las unía a la iglesia, generalmente situada a su norte, para que el sol pudiera caldear sus galerías. En la prolongación de uno de los brazos del crucero del templo emplazábanse la sacristía, la sala capitular, la escalera de subida al dormitorio monacal, el paso a la huerta y al cementerio, todas estas dependencias con ingreso por la galería oriental del claustro. A continuación, y ya fuera de éste, la sala grande de trabajo en común y de reunión. En la galería claustral frontera a la que bordeaba una de las naves laterales de la iglesia, se

abrían el refectorio, con su eje longitudinal casi siempre normal a la galería adyacente a la cocina y, a veces, el calefactorio. Un pequeño pabellón con una pila en su centro —el lavabo—, solía disponerse frente al ingreso al refectorio, avanzando sobre el hueco del claustro, cerrado a occidente por una nave destinada a cillero y dormitorio de los conversos. El de los monjes ocupaba, en los monasterios de varones, un piso alto sobre la nave de la sacristía, sala capitular y pasos. Una escalera, a veces de madera, en el brazo del crucero del templo, permitía a los monjes bajar directamente a él desde el dormitorio.

De estas construcciones, las más monumentales eran el capítulo, siempre abovedado, y el refectorio, que también solía estarlo, salón éste amplio y de bastante altura, mientras que era reducida la del capítulo, por su situación bajo el dormitorio.

Difusión del Cister en Galicia: Reforma de antiguos monasterios y nuevas fundaciones

La difusión de la Orden cisterciense por la parte de la Península ibérica de dominio cristiano, fué extraordinariamente rápida y extensa. Fuera de Francia, la tierra madre, no se encuentra en ninguna otra nación el número y la variedad de monasterios bernardos que en España.

A la protección dispensada por Fernando I y Alfonso VI a la gran abadía borgoñona de Cluny, sucedió la

de Alfonso VII y Alfonso VIII a la orden del Cister. Había pasado la hora de los hijos de San Hugo y Pedro el Venerable. Así como de las arcas reales españolas salieron grandes sumas que ayudaron poderosamente a levantar la gran basílica cluniacense, por lo que decía su abad San Hugo «que la nueva iglesia bien podía considerarse edificada a expensas de Alfonso VI», Alfonso VIII concedió antes de 1203 dos mil quinientos maravedís de oro para la construcción de la casa de los conversos (*domus conversorum*) de la matriz del Cister, y en 29 de junio de dicho año otros 300 de renta perpetua anual en las salinas de Atienza, hasta que se terminara dicho edificio; después, lo emplearían en la construcción de la iglesia y casas del mismo monasterio. Monarcas y nobles de los reinos cristianos de la Península celebraban las grandes fiestas religiosas en los monasterios cistercienses, guardadores de los trofeos de sus victorias, a los que dejaban su hacienda y en cuyos claustros se enterraban.

Galicia, en la que Compostela era un activo centro de influencia galicana desde el siglo XI merced a las peregrinaciones, fué una de las comarcas españolas en que más monasterios cistercienses se fundaron; llegó a haber diez y siete. Algunas fueron fundaciones nuevas; otras, antiguas casas benedictinas reformadas.

Tradicionalmente pasa Moreruela, en tierras de Zamora, por ser la primera fundación bernarda en España, el año 1131, debida a Alfonso VII. Si fuera posterior a 1140, como algunos creen, entonces correspondería la primacía al monasterio gallego de Osera. Hacia 1137 cuatro

monjes, García, Diego, Juan y Pedro, se establecieron en un lugar agreste y desierto de la comarca de Orense, llamado Ursaria, por su abundancia en osos, en terreno concedido por Alfonso VII, y emprendieron la construcción de un monasterio. En el momento de la fundación o poco después adoptaron la regla cisterciense. Sandoval y Yepes suponen a Osera fundación real en 1135; Manrique la cree seis años posterior.

En 1142 pasaba a la comunidad cisterciense el monasterio de Sobrado de los Monjes, de muy dilatada historia anterior. También en 1142 fundó Alfonso VII el monasterio de Melón. Ese monarca, nacido en Galicia, en la que pasó los primeros años de su vida, entregó a los bernardos, según el P. Yepes, 33 monasterios, entre nuevas fundaciones y reforma de casas anteriores.

Por reforma sujetóse en 1144 al Cister el monasterio de Meira. Al año siguiente nació el de San Miguel de Bóveda, el más antiguo, dicen, femenino de la orden en España. El monasterio benedictino de Monfero quedó unido en 1147 a la comunidad bernarda y en 1153 el de Montederramo, de la misma orden, fundado en 1124 en San Juan de Ribera Sagrada, a media legua del emplazamiento actual, por la condesa doña Teresa, hija de Alfonso VI. En 1162 fundábase el monasterio de Armenteira y en el mismo año unióse el de Acibeiro a Claraval. Fernando II de León fundó en 1170 el de Junquera de Espadañedo; el femenino de Ferreira de Pantón dió comienzo en 1175; Oya, creado para benedictinos en 1137, pasó al Cister en 1185; Santa María de Mo-

reira figura en la misma orden desde 1198. Los de Penamayor y San Clodio, este último de muy antigua fundación, quedaron integrados en 1225 en la comunidad bernarda.

De estas casas religiosas creadas o reformadas en Galicia en menos de un siglo, las ocho más importantes—Osera, Sobrado, Melón, Meira, Montederramo, Armenteira, Acibeiro y Oya— fueron filiales de la gran abadía francesa de Claraval, en Borgoña, regida por San Bernardo. También lo eran Monfero, San Clodio, Ferreira y Junquera, como hijas, respectivamente, de Sobrado, Melón, Meira y Montederramo. Tan sólo Penamayor, por depender del monasterio leonés de Carraçado, estaba sometida a la obediencia de la abadía del Cister.

Los primeros monjes, fundadores o reformadores, serían franceses en los monasterios más importantes. Vital, primer abad de Meira, discípulo de San Bernardo, llegó de Francia con el prior Roger. De Claraval procedía también el primer abad de la reforma en Melón, los monjes que la implantaron en Montederramo y los doce discípulos de San Bernardo que antigua tradición afirma se establecieron en Sobrado con un lego arquitecto llamado don Alberto.

Estos monjes blancos, ayudados por los hermanos conversos o barbudos (*conversos laicos barbatos*), muy abundantes en los monasterios de importancia, realizaron, lo mismo que en otros países y comarcas, una obra admirable de colonización.

En una Galicia de vida fundamentalmente rural, poblaron grandes extensiones de páramos y tierras vírgenes de cultivo, cedidas por fundadores y bienhechores, abatieron bosques, roturaron tierras yermas, encauzaron aguas pantanosas, construyeron trojes, estanques y aceñas. De la explotación de las abundantes granjas se cuidaron los hermanos conversos. Unas veces el monasterio surgió de nueva planta; otras, fué una vieja casa benedictina abandonada o decadente a la que los monjes blancos dieron vida activa y espíritu nuevo.

La actividad fundacional persistió hasta el reinado de Fernando III. Al medio siglo de entrar en España los cistercienses, dice Lafuente, eran ya tan ricos, por la acumulación de gran número de donaciones y el trabajo agrícola, como los cluniacenses a los que habían venido a reformar.

En el reinado de Alfonso X, en la segunda mitad del siglo XIII, la boga del Cister disminuyó, desplazada por la de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo, agrupados en órdenes mendicantes que alcanzaron en tierras de Galicia hasta el siglo XV considerable difusión.

Don Lucas, obispo de Tuy, ponderaba hacia 1230, en su *Chronicon Mundi*, el fervor con que Fernando III y su madre doña Berenguela contribuían a la construcción de iglesias y a la propagación y majestad del culto; en su tiempo, dice, «por toda España fueron primeramente edificadas los monasterios de los frailes menores y de los frailes predicadores»; no menciona a los bernardos.

Acercados en el siglo XIII los núcleos urbanos y creados otros muchos, al ideal monástico cisterciense de la perfección evangélica individual, substituyó el del apostolado; al de la salvación propia, el de ganar para la vida eterna el mayor número posible de almas. En lugar de la soledad de los bernardos, huídos del mundo, encerrados en sus celdas, los frailes mendicantes vivían mezclados con las gentes en los medios urbanos, realizando una labor social que les dió gran popularidad.

Emplazamiento: Los valles bernardos

Un capítulo general del Cister fijó en 1134 el emplazamiento de los monasterios, ordenando no se construyeran en ciudades, villas o castillos, ni en rutas frecuentadas o sobre tumbas de santos, capaces de atraer estas últimas piadosas muchedumbres de peregrinos, «sino en lugares apartados no frecuentados por los hombres», que convidasen, como dice el Padre Yepes, aludiendo a la situación de Moreruela, «a puntualidad, observancia y reformatión». Estableciéronse de preferencia, como se dijo, en el fondo de valles desiertos y solitarios, propicios a la concentración espiritual, cruzados por alguna corriente de agua.

Reconquistada considerable parte de la Península, imponíase colonizar los campos para alimentar la creciente población, poblar el agro, fundar aldeas, roturar las grandes extensiones de tierras desiertas e incultas. Cada

abadía cisterciense fué un centro de vida espiritual y práctica, de trabajo agrícola e intelectual, de estudio y caridad.

La peregrinación a través de los valles en cuyo fondo se asentaron las casas bernardas de Galicia nos dará una visión completa de la belleza y variedad de sus campos. Penamayor está en una de las profundas barrancadas que cortan las ásperas sierras por la que penetraba el «camino francés» en Galicia. Oya se levanta en una meseta al borde del mar, con la fachada de su templo cara al horizonte, sin límites, del Atlántico, San Clodio, en la tierra virgílica del Ribero, escóndese entre magníficas arboladas, maizales, huertas y viñedos que tapizan colinas suavemente onduladas, abundantes en casitas y aldeas. Más agreste es el emplazamiento de Melón, desde el que se domina un panorama de sierras lejanas y bosques de pinos. Junto al Miño, Meira está en un valle amplio y fértil, pero de escaso arbolado. Risueños y abiertos son los valles en torno de Junquera de Espadañedo, mientras es duro, breñoso y quebrado el terreno en el que se asienta Monfero, entre los ríos Lambre y Eume, en las estribaciones de la sierra Moscoso. Los montes que rodean este monasterio, lo mismo que los que forman la cañada en cuyo fondo está el de Osera, muestran a trechos su osamenta granítica desnuda. En lo alto de una cañada alta del Castrove, elevado monte que separa las rías de Pontevedra y Arosa, fué fundado el monasterio de Armenteira. El de Sobrado emplazóse en la tierra alta

y fría de la Arzúa, donde nace el río Tambre, en el centro de Galicia.

En el fondo de estos valles y cañadas tan varios, las ruinas de los monasterios bernardos, abrumadas por el paso de los años y el abandono humano, menguan día tras día, camino de total desaparición.

La arquitectura de los monasterios cistercienses gallegos

Entre la fundación de la casa religiosa y el comienzo de las obras del templo y de las dependencias monásticas, solían pasar algunas decenas de años. Si el monasterio era reformado, contentábanse sus pobladores con los edificios anteriores; en los de nueva creación, con construcciones provisionales. En unos y otros, al cabo de algún tiempo, el acrecentamiento y trabajo de la comunidad y la acumulación de asistencias y recursos permitía iniciar nuevas y permanentes edificaciones.

La variedad de los templos cistercienses gallegos de los siglos XII y XIII llegados a nuestros días es grande. Entre ellos se encuentran algunos de estructura y abovedamiento románicos, de los más arcaicos de la orden en España, no siempre anteriores en fecha a otros cuyas naves cubren, total o parcialmente, bóvedas de ojivas, para las que no están preparados sus apoyos. Es su único elemento gótico; formas y proporciones son pesadas y macizas, arcaicas siempre.

Las iglesias de los monasterios fundados por personas reales o grandes magnates son casi siempre de una arquitectura exótica, importada del suelo francés, sin antecedentes en la región. Tal es el caso de los templos de Oya, Meira y Armenteira. Trazarían sus planos y dirigirían la construcción monjes y hermanos conversos de los llegados del vecino país.

En algún otro templo, también de un monasterio principal, como es el de Osera, se mezclan las formas foráneas con las sugeridas por la catedral de Santiago de Compostela, edificio insigne que por su monumentalidad, belleza y destacada significación religiosa influyó durante siglos en la arquitectura gallega.

Ignoramos cómo serían los templos medievales de las tres grandes abadías de Monfero, Sobrado y Montederramo, pues fueron derribados y reconstruidos en época posterior.

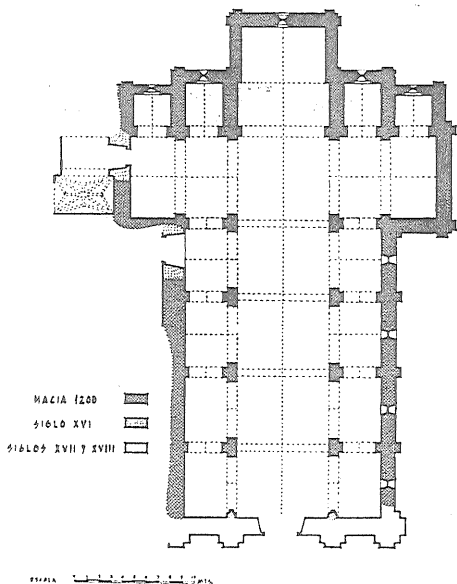
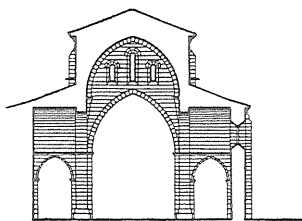
Las restantes iglesias cistercienses de Galicia son semejantes a las seculares de la región levantadas en los últimos años del siglo XII y primera mitad del XIII, y representan el espíritu arquitectónico cisterciense traducido al dialecto gallego. Indígena gran parte de la mano de obra, era inevitable que en muchos templos se filtrasen las características de la arquitectura terrícola, en menor o mayor grado según la importancia de la fundación y sus recursos.

Al grupo de iglesias de monasterios modestos pertenecen las de Junquera de Espadañedo, San Clodio, Acibeiro y Penamayor, todas sin crucero, con tres naves cu-

biertas originariamente con armaduras de madera, y cabecera de otras tantas capillas semicirculares escalonadas—poligonales las de Acibeiro y Penamayor, como la de San Bartolomé de la catedral compostelana—, semejantes, por estas características y su sobria decoración, a otras muchas seculares gallegas contemporáneas. Bajo las armaduras de San Clodio construyéronse en época avanzada, en casi todos los tramos de las naves, bóvedas estrelladas de nervios.

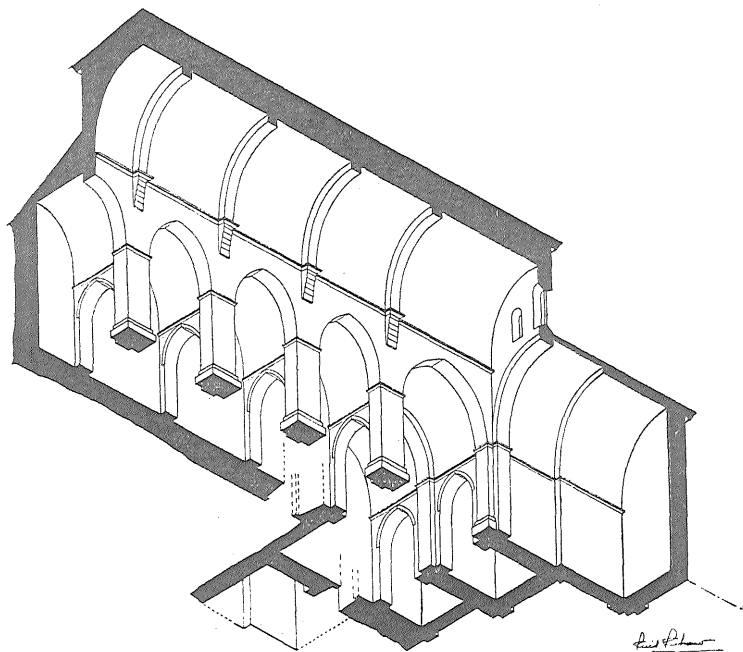
Las iglesias cistercienses suelen clasificarse por la planta de sus cabeceras y la estructura y abovedamiento de sus naves, características ambas en las que es raro coincidan dos templos.

Monumento excepcional es la iglesia de Oya. Representa la máxima austeridad arquitectónica, en la que ninguna otra española la aventaja y muy pocas de las extranjeras de la misma orden la igualan. Forman su cabecera cinco capillas rectangulares y escalonadas, muy sobresaliente la mayor. Como las naves y crucero del templo, cúbrese con bóvedas de medio cañón agudo, sobre arcos fajones la nave central y los brazos del crucero. Prolóngase aquélla hasta el arco de ingreso al presbiterio y quedan más bajas las de los últimos, con lo que se evitaron penetraciones. Las naves laterales repártense en tramos, cubiertos con bóvedas idénticas, pero de eje perpendicular al longitudinal del templo. La nave mayor recibe luz tan sólo por ventanas abiertas en sus testeros y cobija las tres una sola cubierta a dos vertientes. Esta estructura, idéntica a la de la iglesia de Fontenay,



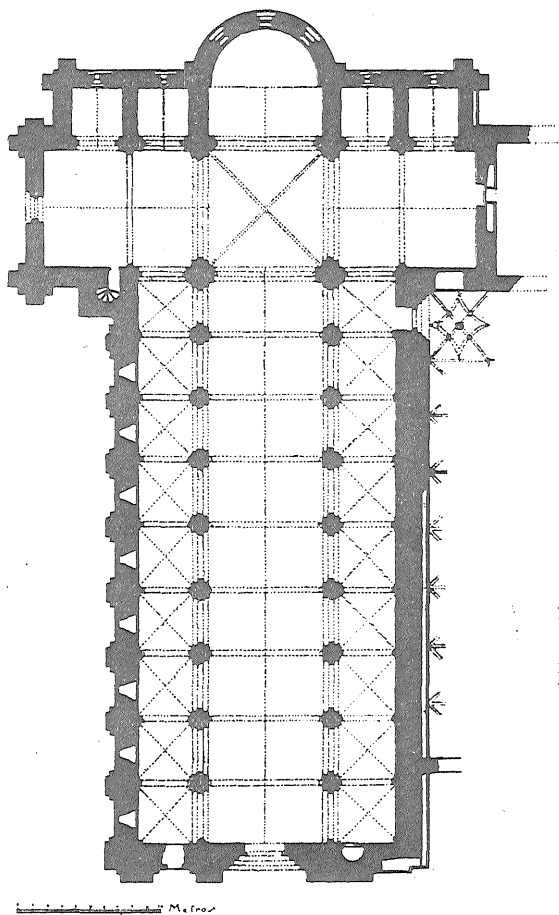
Planta y sección transversal de la iglesia de Oya.

una de las cuatro abadías madres, levantada de 1139 a 1147, es la más puramente cisterciense, repetida en muchos templos de la orden, y en otros inspirados en ellos, desde la Península ibérica hasta Escandinavia y Polonia. Prescindióse en el de Oya de columnas; su de-



Perspectiva de la iglesia de Oya.

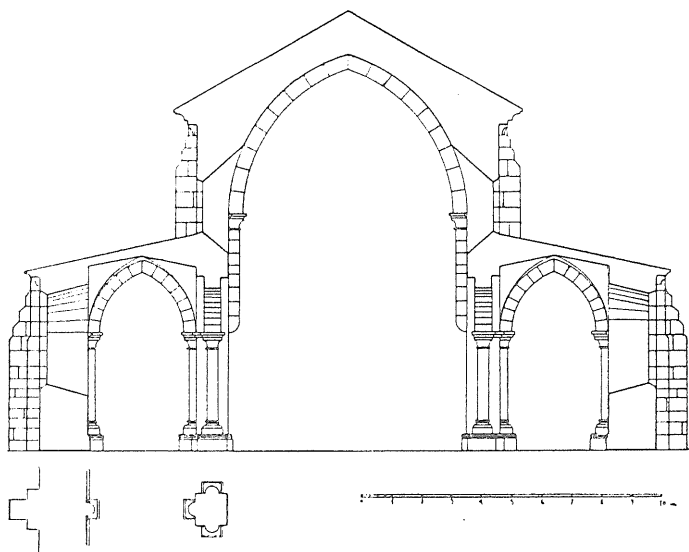
coración reduce a algunas impostas, escasas en molduras, y a los capiteles y arquivoltas de las ventanas de las capillas de la cabecera. Comparado con el templo



Planta de la iglesia de Meira.

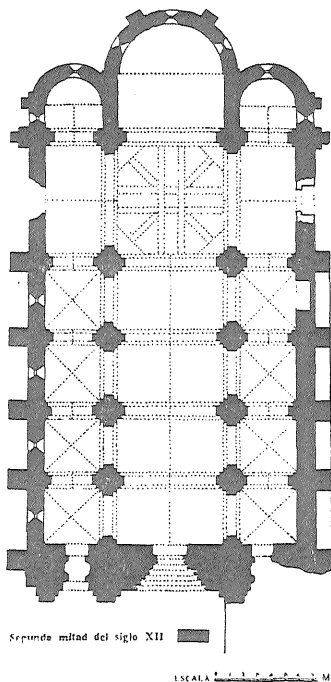
gallego, el del monasterio del Escorial, aparte la diferencia de dimensiones, podría pasar por excesivamente ornamentado.

La cabecera de la iglesia de Meira se compone de un ábside central semicircular, flanqueado por dos capillas cuadradas a cada lado, con disposición única en la arquitectura gallega, inspirada por la que parece tuvo el templo de la casa matriz de Morimond y el segundo levantado en Claraval en vida de San Bernardo (1135; ampliación hacia 1150 y consagración en 1174). Tiene la iglesia de Meira nave de crucero, acusada en planta y alzado.

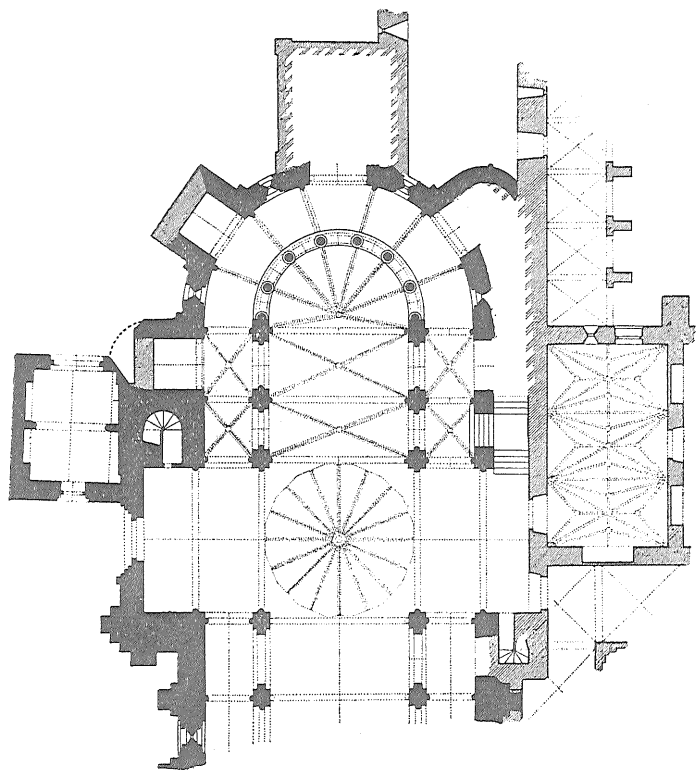


Sección transversal de la iglesia de Meira.

Cúbrese, lo mismo que la mayor, con bóveda de medio cañón agudo sobre arcos fajones. Reciben luz por ventanas cuya parte alta penetra en los arranques de la bóveda. De arista son las de las naves laterales. Estructura y abovedamiento proceden de la arquitectura románica borgoñona, de la que pasaron a la del Cister.



Planta de la iglesia de Armenteira.



Escala. 0 5 10 M

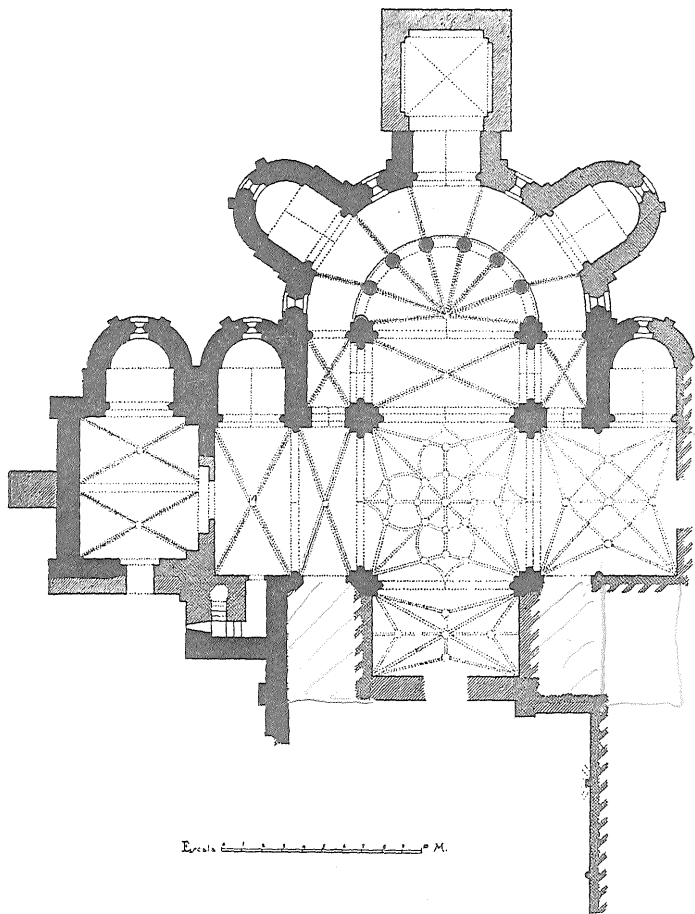
Monasterio de Santa Maria de Osera

Planta de la cabecera y crucero de la iglesia de Osera.

Repiten la misma disposición las naves de la iglesia de Armenteira, pero la de crucero no sobresale en planta de las longitudinales. Integran su cabecera tres ábsides semicirculares escalonados, precedidos de tramos rectangulares cubiertos con bóvedas de medios cañones agudos.

Iguales, y de ejes paralelos, son las que cubren las tres largas naves de la iglesia de Osera, destacada en altura la central, lo que permitió abrir ventanas bajo ella, que penetran en los arranques de la bóveda. Su cabecera, desfigurada en gran parte por reformas de varias épocas, es anómala en la arquitectura cisterciense. Tiene gran presbiterio semicircular al que rodea una girola cubierta con una bóveda de semicañón sobre arcos fajones, análoga a la de las tribunas de la basílica de Compostela. A la girola se abrían cinco capillas radiales, separadas por tramos sin ellas, como en las grandes iglesias románicas de la Auvernia y del Languedoc y en las de peregrinación, la de Santiago de Compostela entre ellas, en cuya cabecera sin duda se inspiró el autor del templo de Osera.

La iglesia de Melón, de la que tan sólo subsisten la cabecera y el crucero, es réplica reducida de la de Osera, algo más avanzada, al cubrirse con bóvedas nervadas y de ojivas, excepto la parte curva de su nave de girola, que tiene bóveda de cuarto de cañón, como su modelo. En lugar de las cinco capillas de la girola de Osera, tiene tan solo tres, pero completan aquel número otras dos que se abren en los brazos del crucero y que no existen en aquel templo. En ambos, adosóse al muro norte del crucero una pequeña capilla, que será tal vez la destinada en algu-



Planta de la cabecera y crucero de la iglesia de Melón.

nos monasterios a los forasteros. Ambas constan de una única nave dividida en dos tramos, cubiertos en la de Osera con bóveda de medio cañón agudo y con otras de ojivas en la de Melón. Esta conserva su presbiterio, formado por un tramo rectangular y un ábside semicilíndrico; el de la capilla de Osera ha desaparecido.

Las iglesias de Meira, Armenteira y San Clodio son las únicas que conservan sus fachadas de poniente, con las sencillas formas características de los templos bernardos; desde éstos pasaron a muchos seculares. Robustos contrafuertes las flanquean y dividen, señalando la triple nave. En el centro se abre la puerta, con múltiples arquivoltas y jambas acodilladas. Su arco es de medio punto en Meira y Armenteira, apuntado en San Clodio. Por encima corre una imposta, sostenida por modillones en Armenteira, y más arriba un rosetón grande da luz a la nave mayor del templo. Conserva su losa perforada el de Armenteira y en San Clodio le flanquean otras dos ventanas circulares más pequeñas, abiertas a las naves laterales.

Sencillosísimos, en forma de T, son los pilares que separan las naves en el templo de Oya. Tampoco tienen columnas los de Armenteira, pero sí múltiples resaltes y codillos correspondientes a los cuatro y las dobladuras que de ellos arrancan. Los apoyos de las restantes iglesias de tres naves, Osera, Meira, San Clodio, Junquera, Acibeiro y parte de la de Penamayor, son los sencillos, empleados en infinidad de iglesias románicas, formados por un pilar cuadrado y una columna empotrada en cada

frente. Las de la nave mayor suelen terminar antes de llegar al suelo.

Agudos son casi todos los arcos perpiaños, de separación de las naves y de ingreso a las capillas, y de medio punto los de puertas y ventanas.

La decoración de estos templos es escasísima; son lisos los modillones de sus cornisas y las arquivoltas de sus puertas. Cuando los capiteles no lo están, los cubre una ornamentación vegetal ruda y esquemática, inspirada con frecuencia en modelos compostelanos. Esculturas tosquísimas con representaciones de seres vivos hay en las modestas iglesias de Ferreira, Junquera y Franqueira.

Del siglo XVI al XVIII se reconstruyeron casi todos estos monasterios, reconstrucción que en algunos —Sobrado, Monfero y Montederramo— alcanzó a sus respectivas iglesias. Las dependencias monásticas medievales fueron sustituidas por otras más amplias y cómodas, infringiendo el primitivo espíritu de la orden. Ni salas capitulares, ni refectorios, ni cilleros sobrevivieron al ardor de renovación arquitectónica; tan sólo consérvase una cocina en Sobrado —otra en Meira desapareció hace unos años—, el claustro mutilado de Tojosouts y las ruinas, humildísimas y venerables, del de Penamayor.

La cronología de los templos y las bóvedas de ojivas

Las iglesias de las casas bernardas gallegas que no fueron totalmente reconstruidas a partir de fines del si-

glo xv, se levantaron entre los años 1165 y 1250; en el tránsito del siglo xii al xiii en el solar de casi todas resonarían las herramientas de los canteros, afanados en la labra de sillares y dovelas de duro granito para levantar sus muros y bóvedas. Algunos templos debieron de iniciarse en los últimos años de Fernando II de León († 1188), gran favorecedor de las construcciones religiosas. No es fácil concretar más las fechas de edificación de la mayoría.

La iglesia de Oya, la que representa, como se dijo, con mayor pureza el ideal arquitectónico cisterciense y en la que no hay bóveda alguna nervada o gótica, no puede ser anterior a 1185, año en el que pasó el monasterio a la orden bernarda. En otros, en los que se realizó análoga transformación, transcurrieron varios años antes de que se pensara en renovar sus edificios.

Para la obra de Santa María de Meira, y a su abad Alberto, donó en 1193 Alfonso IX el realengo de Villamarín. Una lápida que estuvo en el desaparecido claustro y publicó, entre otros, el P. Florez (*Esp. Sag.* xli, p. 68), fecha el principio de la casa (*initium Domus Meyre*) en el año 1142 y la consagración de la iglesia en 1258. La primera parte de la inscripción se referirá al comienzo de la casa religiosa, no del edificio. La data de consagración será *terminus ante quem* para las obras; esa ceremonia celebrábase a veces varios años después de terminadas. En un documento de 1246, figura Domingo Ibáñez como *monachus et magister operis monasterii Sancte Marie de Meira*.

La inscripción conservada en la iglesia de Armenteira parece darnos, en cambio, la fecha segura de su comienzo, al decir que en la era 1206 —año 1168— *fundata est ecclesia*. La edificación avanzaría lentamente, pues en 1193 Urraca Fernández dejó en su testamento donaciones para las obras de Armenteira, Osera y Melón (*Galicia Histórica*, doc. XX). Consagróse el templo de Osera en 1239 (Villa-amil, *Igl. gallegas*, p. 107), antes de estar totalmente cubierto, pues hasta fines del siglo no se levantó la cúpula sobre dieciséis nervios radiales que cubre el tramo central de su crucero, obra de un monje llamado Fernán Martínez. El edificio actual sustituiría al mencionado en 1135, en la carta de dotación de Alfonso VII (*mea hereditate et monten in quo nunc edificatur et construitur Monasterium*).

En 1202 Alfonso IX concedía al monasterio de Melón la mitad del diezmo de su cillero de Castrelo para *de nouo ad opus infirmorum edificetur et construatur*. La enfermería ha desaparecido.

De la iglesia renovada totalmente de Monfero dícese haber sido construída lentamente en los reinados de Alfonso el Sabio y de su hijo Sancho IV. Los caracteres cistercienses de la de Junquera de Espadañedo acreditan fué levantada con posterioridad al 1170, fecha de incorporación del monasterio.

El templo de San Clodio no puede ser el que el abad benedictino Pelayo González reparó en 1128. Algunas de sus formas arquitectónicas son claramente cistercienses.

ses, por lo que ha de ser posterior a 1225, año de su adscripción a esa orden.

La fecha de era 1208 (año 1170), grabada en la iglesia de Acibeiro, aludirá probablemente a su ingreso en la comunidad bernarda, no al comienzo del edificio.

En el tímpano de la puerta de la iglesia de Penamayor grabóse la data era 1200 (año 1162), anterior en bastantes años a su incorporación al Cister, entre bárbaros relieves de jinetes, animales y hojas. En el tímpano de la iglesia de la Franqueira esculpióse, con cincel no más hábil, la Adoración de los Reyes Magos, y en ambos, lo mismo que en la de Ferreira, en modillones y capiteles representáronse seres vivos. Los tres modestos templos parecen, pues, levantados antes de pasar a ser santuarios bernardos.

Se ha llamado erradamente a los cistercienses los misioneros del arte gótico. De los diversos elementos que integran esa arquitectura, los monjes blancos acogieron y difundieron tan sólo uno de los más esenciales, las bóvedas nervadas y de ojivas. En ellas encontraron un procedimiento práctico para cubrir sus edificios, pero todas las demás características de la arquitectura gótica, entre ellas la elevación de sus naves en relación con su ancho, y el rasgado de los muros por grandes ventanales, no se encuentran en los templos del Cister hasta que, entrado el siglo XIII, lejana y olvidada la austeridad primitiva, levantáronse algunos según las normas arquitectónicas de las iglesias seculares de la Francia septentrional, en un estilo gótico plenamente desarrollado.

Entre los templos gallegos bernardos vimos al de Oya, totalmente cubierto con bóvedas románicas de medio cañón agudo; en casi todos los restantes, otras góticas, nervadas y de ojivas, cubren algunos de sus tramos o todo el edificio. Para la importación a Galicia de ese sistema constructivo, el Pórtico de la Gloria de la catedral compostelana nos proporciona una fecha segura: el gran dintel de la puerta central se colocó en 1188 por el maestro Matco sobre la cripta, algunos de cuyos tramos tienen bóvedas de ojivas.

La orden del Cister empleó a la par en muchos de sus templos ambos abovedamientos. En el de Osera cubrióse con una bóveda nervada, no anterior, probablemente, al siglo XIII, por tener clave aislada, en lugar de arrancar sus nervios sobre la del arco fajón, el semicírculo en el que termina el presbiterio, y con otras de ojivas los dos tramos que le preceden y los adyacentes de la girola. Aventurado sería suponer que estas bóvedas fueron las últimas construídas, pues lo acostumbrado era comenzar las obras por la cabecera y consagrar uno o más altares en ella antes de la terminación del edificio.

La cabecera de la iglesia de Melón, réplica, como se dijo, de la de Osera, repite el abovedamiento de ésta, mientras los tramos de las naves, arruinadas, y del crucero, recibieron bóvedas de ojivas.

De ojivas y única es también la bóveda que cubre el tramo central de la iglesia de Meira, no acusada exteriormente. Otra semejante hay sobre el primer tramo

rectangular de la capilla mayor de San Clodio. La bóveda del presbiterio de Ferreira es nervada.

Mayor interés ofrece la cúpula del tramo central del crucero de la iglesia de Armenteira, el resto de cuyos tramos cubren bóvedas románicas de arista y medio cañón agudo. Sensiblemente esquistada, arranca sobre trompas cónicas; de su intradós resaltan dos parejas de nervios de sección rectangular, paralelos, respectivamente, a los lados del tramo. Limitan un pequeño cuadrado central; otros cuatro nervios, diagonales, unen la clave de las trompas con los encuentros de los nervios normales. Pertenece, pues, a la serie de las derivadas de las de arcos entrecruzados que enriquecen la ampliación de al-Hakam II, en la segunda mitad del siglo x, en la mezquita de Córdoba. Exteriormente se acusa por un cuerpo cuadrado con una ventanita en cada frente, flanqueada por contrafuertes. Es curioso encontrar en un valle perdido en el interior de Galicia, y en una iglesia de estructura francesa, disposición arquitectónica tan acusadamente mudéjar.

Bóvedas nervadas o de ojivas sobre el tramo central del crucero, mientras las restantes del templo son románicas, como en los de Meira, Armenteira y Osera, se encuentran en otras muchas de la misma orden, repartidas por toda la Europa obediente espiritualmente a Roma. La iglesita románica de San Miguel de Bremao, en tierras coruñesas, terminada, según inscripción, en 1187, cuyo crucero corona una bóveda de ojivas sobre re-

pisas, proporciona un dato de interés para la cronología del templo de Meira.

La arquitectura del Cister y las iglesias seculares

Por su emplazamiento en lugares apartados y solitarios, juzgaríase condenado a infecundidad, sin consecuencias, el arte austero de los templos y monasterios bernardos. Pero, aunque el Capítulo general de la orden acordó en 1157 que monjes y hermanos conversos no debían trabajar más que en sus construcciones y el de 1210 impuso fuertes penas a los que infringiesen ese mandato, señal de la frecuencia de su incumplimiento, los pobladores de las casas monásticas duchos en el arte de la edificación, y los canteros laicos que con ellos colaboraban, intervendrían en las obras de otros templos. La sencilla estructura y desnudez de los bernardos favoreció la difusión de algunas de sus formas por los medios rurales, en los que perduró su influjo hasta los siglos XIV y XV. En abundantes iglesias románicas esparcidas por los valles y montes gallegos, hay portadas, rosetones, modillones lisos y capiteles de flora esquemática sugeridos por los análogos vistos en las iglesias del Cister y mezclados casi siempre con otros elementos de origen compostelano.

En dos edificios importantes, por lo menos, la influencia aparece clara. Uno es la catedral de Orense, emparentada con la iglesia contemporánea de Osera. Consa-

gróse solemnemente el presbiterio de la episcopal el año 1188, es decir, al mismo tiempo que el maestro Mateo asentaba el gran dintel sobre la puerta central del Pórtico de la Gloria. Pero las bóvedas de ojivas que cubren los brazos del crucero y las naves del templo de Orense debieron de construirse en el episcopado de Don Lorenzo, entre 1218 y 1248. Las ménsulas en forma de capitel que flanquean en los brazos del crucero de Osera los capiteles de los arcos perpiaños, tienen su réplica en los del mismo lugar de las catedrales de Orense y Tuy, bóvedas de la nave transversal de esta última levantadas, probablemente, entre 1218 y 1239. Las ménsulas de Osera, destinadas al apeo del doblado de los arcos fajones o al de ojivas, quedaron sin función, al cubrir los brazos del crucero con semicañones de sección aguda; en las dos catedrales sirven de arranque a los nervios diagonales, es decir, a las ojivas de las bóvedas. La molduración de los nervios coincide también en las tres iglesias y en los seculares abundan los capiteles de flora, sugeridos probablemente por el monástico.

Caso más elocuente de influencia es el de la iglesia mayor de Bayona, erigida en colegiata en 1482. Lampérez, al describirla, no alcanzó a explicarse su arquitectura, por desconocer la cercana iglesia del monasterio cisterciense de Oya. Es, en efecto, la de Bayona, réplica de ésta, hecha, al parecer, en el siglo XIV, por pedreros locales. Sustituída la fachada de la primera en el siglo XVIII, la de Bayona permite reconstituirla en forma precisa, así como las tres ventanas del teste-

ro de su presbiterio —disposición cisterciense—, desaparecidas con el muro en Oya al adosarle en ese siglo o en el anterior una sacristía.

Los monasterios en los últimos siglos medievales: Decadencia y olvido de la primitiva austeridad

En 1188, el Capítulo general cisterciense tuvo que dictar disposiciones para impedir a los monasterios empeñarse, en su afán, tan contrario al espíritu de San Bernardo, de emprender grandes y suntuosas construcciones.

Las abadías gallegas fueron enriqueciéndose en los años finales del siglo XII y en el XIII. Numerosos fieles, comenzando por los monarcas, trataban de obtener la remisión de sus pecados y ganar la vida eterna mediante donación de villas, iglesias, castillos y extensas propiedades territoriales. Las comunidades concedían cartas forales a gentes para que las poblasen. Así llegaron los monasterios bernardos a poseer crecidas rentas y a ejercer señorío, con jurisdicción civil y criminal, sobre bastantes pueblos. Los monarcas, pródigos en donaciones, los eximían de diezmos y tributos, y los pontífices les otorgaban también mercedes y los libraban de la jurisdicción episcopal.

Las muchas riquezas despertaron no menores codicias. Ricos hombres y caballeros gallegos, ávidos de tierras y propiedades rústicas, prestos siempre a la rebeldía y al propio provecho, invadían las posesiones monásticas, quebrantaban y despojaban las granjas, talaban sus cam-

pos, oprimían a sus criados y echaban de los pastos a sus ganados. No bastando el amparo regio, los monjes veíanse obligados a dar feudos, foros, préstamos y encomiendas, parte considerable de sus bienes, heredamientos y vasallos, para conseguir la protección de los poderosos beneficiarios de ellos. Al mismo tiempo, los villanos solían negarse a pagar los fueros y pechos a los monasterios, intentando sacudir su vasallaje. Los cartularios monásticos están llenos de documentos de los siglos XIII al XV en los que se reflejan estas contiendas y los abundantes pleitos a que dieron origen.

Con la entrada y acumulación de grandes riquezas, entibiados el fervor y caridad primitivos, llegó la relajación y la molicie y el afán de comodidades y regalos. Refleja la situación de las abadías bernardas españolas a fines del siglo XIII una ley de las *Siete Partidas* de Alfonso el Sabio, titulada «Quales cosas non deben haber los freyres de Cistel». Dice haber dado comienzo esta orden sobre muy gran pobreza, pero «algunos dellos se tornaron después a haber vasallos, et villas, et castiellos et eglecias, et décimas, et ofrendas, et tomar fialdades et homenages de los vasallos que tienen heredades dellos, et tomaban lugares de juzgadores para oír los pleitos, et facíanse cogedores de pechos et de las otras rentas» (Part. 1.^a, tít. VII, ley XXVII).

Según el P. Pérez de Urbel, el monje vivía en el siglo XIV «sin grandes ambiciones humanas y divinas, vegetaba oscuramente anquilosado en el rezo interminable y rutinario de sus oficios, cada vez más cargados de for-

mulismos, y en la celebración de las horas canónicas, aumentadas por multitud de salmos, plegarias, aniversarios, misas, responsos y procesiones por los reyes, los condes, los fundadores, los bienhechores, los cofrades, los familiares, los donados, los vivos y los muertos». Fue ese siglo XIV en Galicia de frecuentes revueltas, promovidas casi siempre por una nobleza inquieta y codiciosa. La peste negra de 1348 castigó esa región, como todo el Occidente.

En el siglo XV, los monasterios bernardos gallegos sufrieron, lo mismo que el resto de los españoles, de la epidemia de las encomiendas. Los grandes bienes monásticos tentaron la codicia de los poderosos, y las abadías se dieron en encomienda por pontífices y reyes a favoritos y protegidos, cardenales, prelados extranjeros y, a veces, hasta a laicos y meros tonsurados que gastaban las copiosas rentas abaciales en Roma, en la corte española o en cualquier otro lugar, siempre lejos de la comunidad monástica que estaban obligados a regir.

De la decadencia a que llegaron estos monasterios, da idea el acta de la visita realizada por fray Pedro, abad de Claraval, al de Sobrado, en 1492: no encontró en él libros, ni monje que supiese latín, ni que conociese la regla de la orden, y la conducta de sus pobladores distaba mucho de ser ejemplar. El ambiente, tan intensamente rural de Galicia, había terminado por disolver el espíritu cisterciense.

La restauración arquitectónica de los siglos XVI y XVII

La reforma monástica de los Reyes Católicos trató de terminar con el vicio de las encomiendas. Volvieron a nombrarse abades trienales entre los monjes de cada casa monástica.

En Sobrado cesaron los abades comendatarios en 1498; Melón se unió a los monasterios reformados de Galicia en 1501; de 1503 es la reforma de Meira, pero hasta cinco años después no comenzaron los abades trienales, lo que ocurrió en Montederramo en 1518, y en San Claudio en 1530; Junquera de Espadañedo entró en la nueva observancia en 1546, y un año después volvió a haber en Osera, en manos de los comendatarios desde 1456, abades temporales.

Las cuantiosas rentas de los monasterios, antes gastadas fuera de ellos por los abades ausentes, invirtiéronse en adelante, en gran parte, en edificaciones. La fiebre arquitectónica se empleó sobre todo en la reconstrucción monumental de las dependencias monásticas y alcanzó a veces al mismo templo—Monfero, Sobrado, Montederramo—. A partir de mediados del siglo XVI y hasta entrado el XIX puede decirse que en los monasterios gallegos no dejó de sonar el cincel de los canteros dando forma a la piedra.

Al restablecimiento de la economía de las casas religiosas no acompañó el de la regla y observancia primitivas. Las dependencias monásticas del siglo XIII parecie-

ron pobres e incómodas a sus moradores. Al dormitorio común substituyeron grandes celdas individuales; a los coros de monjes y conversos en la nave mayor del templo, extenso coro alto, sobre bóveda, a sus pies. Desapareció la modesta escalera —con frecuencia de madera— que desde el antiguo dormitorio común descendía al crucero, sustituida por otras monumentales de piedra, de aspecto palacial. Reconstruyéronse, casi siempre en planta alta, huyendo de las humedades, con mayores dimensiones e insólita suntuosidad, refectorios, cocinas, bibliotecas, enfermerías, hospederías, letrinas. Multiplicáronse patios o claustros, en torno de los cuales se agrupaban esas dependencias, con grandes fuentes en su centro; amplios y cómodos palacios albergaron a los abades. Los nuevos ornamentos, las ropas, alhajas y mobiliario litúrgico no cabían en las reducidas sacristías antiguas; por lo que se construyeron otras nuevas y dependencias complementarias adosadas a los viejos templos.

Olvidado el espíritu del santo abad de Claraval, el arte de la cantería floreció espléndido en las nuevas construcciones, en las que muchas generaciones de pedreros dejaron muestra de su afición y habilidad en la labra del duro granito del suelo gallego.

Las grandes obras de reconstrucción comenzaron en casi todas las casas religiosas traspuesta la mitad del siglo xvi o poco antes.

En 1544 trabajaba en Sobrado, de donde era vecino, el pedrero de la iglesia de Santiago Alonso de Gontín. Los maestros de cantería Juan de Cruz y Domingo Gon-

zález, avicinados también en Compostela, remataban en 1555 la obra del «hostal y hospedería» monásticas. Entre 1569 y 1572 se construyó suntuosa sacristía, con ingreso por el brazo sur del crucero, en la que intervendría el maestro de obras montañés Juan de Herrera, natural de San Martín de Gajano y vecino de la rúa del Villar de Santiago, que trabajó en Sobrado hasta su muerte, ocurrida en 1575. Hacia 1623 comenzóse a labrar el patio, desaparecido en el siglo XIX, de la Hospedería.

Una de las primeras obras hechas en el siglo XVI en el monasterio de Osera fué la de su bella sala capitular, semejante en planta y disposición a las de los siglos XII y XIII, pero con columnas de molduras retorcidas, sin capitel, y bóvedas de nervios curvos. El incendio del monasterio en 1552, del que se libró la iglesia, intensificaría las obras de renovación. La sacristía estaba sin duda recién terminada en 1560, cuando el entallador e imaginero extranjero, vecino de Santiago, maestre Miguel Ramón, reclamaba el resto no percibido de la cantidad estipulada por unas rejas y cajones para esa dependencia. En 1572 era maestro de las obras de Osera Bartolomé de la Torre. Concluído estaría también en 1582 el refectorio, amplio salón cubierto con cuatro bóvedas estrelladas de nervios curvos. En esa fecha, el vidriero Angloberto López, extranjero y vecino de Santiago, contrató las vidrieras de sus ventanas y de las dos de la sacristía.

Muy importantes fueron asimismo las construcciones levantadas en el monasterio de Oya en el siglo XVI, la sacristía entre ellas, cubierta con bóveda de nervios cur-

vos y claves colgantes, y el claustro de dos pisos arrimado al antiguo templo. A éste se referirá «la obra de los quartos de los claustros» que, en unión del refectorio, no había terminado aún en 1581 el maestro de cantería Pedro do Campo, al otorgar testamento; seguía siendo vecino de Oya cuatro años más tarde.

Aparejador de las obras del monasterio de Armenteira en 1576 y 1577 y de las del de Melón en 1578 era el maestro Bartolomé Hermosa, y en 1615 Pedro de la Sierra, Simón de Monasterio y Gregorio Fatón. Las ruinas de Melón acreditan la total renovación de sus construcciones monásticas en los últimos años del siglo XVI y comienzos del XVII. Igual suerte corrieron por entonces las del de Junquera de Espadañedo.

El citado maestro Pedro de la Sierra contrataba en 1623 la construcción de un edificio, cuyas trazas había dado, en el monasterio de San Clodio. Desde el siglo anterior hacíanse en él importantes obras de renovación aún existentes.

Juan de la Sierra, maestro de obras montañés, hermano de Pedro y natural de Secadura, tomó a su cargo en 1585 la construcción del claustro, arrimado a la iglesia, del monasterio de Meira; lo alcanzó a ver Villaamil y después ha desaparecido. De modelo sirvieron las construcciones de Sobrado; llevaría ocho capillas (tramos) «de cinco claves con sus combados y los arcos (nervios) sus colgantes de buena talla en las claves».

El citado Juan de Herrera, maestro de obras de la ciudad de Santiago, dió las trazas y condiciones para la

portería del monasterio de Tojosoutos, contratada en 1572 por el maestro de cantería, vecino de Noya, Ruy o Rodrigo Ledo.

Al morir en 1575 Juan de Herrera, dejaba sin concluir las obras del claustro y letrinas del monasterio de Monfero; el piso alto de aquél no se cerró hasta el año 1733, según epígrafe allí conservado.

Juan de la Sierra, al que vimos trabajando en Meira, era en 1577 maestro de la obra del monasterio de Montederramo, probablemente del claustro inmediato a la iglesia, en el que figura la fecha 1578. En unión del maestro de cantería Antonio Vázquez, ejecutaba por contrata en 1595 las obras del «capítulo, locutorio y tres celdas». Renovóse también en Montederramo la iglesia, que parecería baja y pobre entre las nuevas construcciones monásticas. Dió sus trazas en 1598 el hermano de la Compañía de Jesús Juan de Tolosa, y su construcción fué contratada en el mismo año por nuestro conocido Pedro de la Sierra, con la colaboración, desde el siguiente, de su hermano Juan. Derribaríase del templo antiguo lo necesario; los capiteles de las pilastras grandes del proyectado serían conforme a las de la iglesia de la Compañía de Jesús de Villagarcía de Campos, comenzada en 1572, y para labrarlos obligóse Sierra a traer el mejor entallador que se hallase en Castilla y Galicia. En la bola que corona la fachada figura la fecha de 1607, sin duda de su término.

La vecindad de bastantes de los maestros enumerados, cuyos nombres y trabajos conocemos gracias a la docu-

mentación publicada por el benemérito Pérez Costanti, excusa de insistir sobre el lugar de procedencia de las formas artísticas de la mayoría de estas obras; la semejanza de varias se explica también por la intervención de los mismos maestros en las de distintos monasterios. Santiago seguía siendo el gran foco desde el que irradiaban aquéllas a toda Galicia. Sin embargo, no conocerá bien la arquitectura regional a partir del siglo XVI el que no complete el estudio de la compostelana con el de tantos otros edificios esparcidos por la región, principalmente con el de los monásticos.

El claustro de la catedral de Santiago, comenzado en 1521 con trazas de Juan de Alava, dirigido por éste hasta su muerte en 1537 y después por Rodrigo Gil de Hontañón († 1577), autor de gran parte de las construcciones que le rodean, terminado en 1590, sirvió de pauta a la planta baja de los abovedados de los monasterios cistercienses. A esa influencia se agregaría en algunos la de los claustros de San Esteban de Salamanca y de la catedral de León, y de otras construcciones hechas por Juan de Badajoz. Cúbrencse los tramos de los gallegos, abiertos por arcos grandes de medio punto y profusa molduración, con bóvedas de nervios curvos y claves colgantes; a sus arcos perpiaños corresponden fuertes estribos. Juan de Herrera, del que se dijo su intervención en las obras de Sobrado y Tojosoutos, dirigía al mismo tiempo, hasta su muerte, ocurrida en 1575, las obras del claustro de la basílica del Apóstol.

Claustros abovedados, de la estructura del de Santiago, aunque podados de los pináculos y cresterías góticas que la moda rechazaba en la segunda mitad del siglo XVI, cuando se dió comienzo a su construcción, hay en Meira, Oya, Osera (el más oriental), Monfero y Montederramo (en estos dos últimos, los inmediatos a las iglesias respectivas). Las mismas bóvedas de múltiples nervios y claves colgantes, con molduración de Renacimiento, de casi todos, tienen las dependencias monásticas elevadas hasta entrado el siglo XVII, principalmente salas capitulares, refectorios y sacristías, excepto algunas, como la hermosa sala de refectorio de Monfero, a la que cubre bóveda de casetones.

Los arcos de las galerías de la planta baja de otros claustros bernardos no abovedados, los de San Clodio y los occidentales de Montederramo y Monfero (restos), descansan sobre columnas. Capiteles y molduras de los tres y los bustos en medallones que decoran las albanegas del último, derivan probablemente del patio del Colegio Mayor de Santiago Alfeo, en Compostela, fundación del arzobispo don Alonso de Fonseca, construido de 1532 a 1544, según trazas de Juan de Alava y Alonso de Covarrubias.

Al disponer en planta alta el coro, las celdas y casi todas las dependencias de la vida monástica, era obligado que el claustro también la tuviera. Adoptóse en casi todos para ella un tipo uniforme de grandes dinteles, al que se prestaba admirablemente el granito de Galicia, sostenidos en columnas de capiteles pseudodóricos,

con zapatas intermedias de modillones de volutas. Propagaron este modelo en la región alcarreño-toledana Lorenzo Vázquez y, sobre todo, Covarrubias, en la primera mitad del siglo XVI. Hay un ejemplo tardío, no anterior a su último cuarto, en la galería alta que da a la plaza del Obradoiro, del edificio que cierra a poniente el claustro de la catedral de Santiago, terminado en 1590, pero su traza se haría años antes y pudieron conocerla los maestros de esos claustros con galerías adinteladas. El haber sido Covarrubias maestro de obras del arzobispo Fonseca y su intervención en el colegio de Santiago Alfeo, fundado por el prelado, pueden explicar la introducción de esa forma castellana en Galicia, de la que se conserva en el centro de España algún ejemplo que demuestra su empleo tardío, como es el patio del palacio de Martín Muñoz de las Posadas, edificio levantado de 1566 a 1572. Del pedrero de la iglesia de Santiago Alonso de Gontín, que en 1544 trabajaba en Sobrado, sabemos que en 1532 estuvo en Alcalá de Henares, en donde pudo ver varias galerías de patios con dinteles, recién terminadas o en construcción, obra de Covarrubias.

Galerías altas adinteladas hay en los claustros de los monasterios de Oya, Monfero, Meira, San Clodio, Montederramo (en el de poniente) y en una nave meridional de el de Osera. Ninguno de ellos es obra selecta, de buena proporción y fino moldurado, como de tracistas de formación erudita, sino de pedreros regionales, carácter popular que tiene casi toda la arquitectura de granito he-

cha en Galicia durante estos siglos fuera de Compostela, por ello íntimamente unida al paisaje.

Con las trazas de la iglesia de Montederramo, obra, como se dijo, de Juan de Tolosa, penetró en Galicia, por la puerta del Colegio del cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, en Monforte de Lemos, una nueva corriente artística, la de los discípulos de Juan de Herrera, formados principalmente en la inacabada catedral de Valladolid. Desde 1594, el hermano Juan de Tolosa intervenía en las obras del citado colegio, cuyas trazas modificó. En 1600, Juan de Nates tomó a su cargo construir una tercera parte de su iglesia. Como todo gran edificio, su construcción fué escuela práctica en la que se formaron muchos maestros y pedreros, propagadores después por distintos lugares del evangelio herreriano. Dos de los de obras del monasterio de Melón, en 1615, Gregorio Fatón y Simón de Monasterio, intervinieron en las de Monforte; el último concluyó la iglesia del Colegio, consagrada en 1619, y levantó la girola de la catedral de Orense.

La iglesia de Montederramo tiene planta de tres naves, otra de crucero y cabecera formada por cinco capillas, de planta cuadrada las laterales y grande y rectangular, con dos tramos, la central. Es curioso señalar que esta planta pudo ser la de la iglesia vieja, cuyos cimientos tal vez se aprovecharon, en todo o en parte, para la reconstruida. La de la catedral de Jaén, trazada en 1540, de la que tan sólo subsiste un muro, era muy semejante. En alzado, la ordenación del templo de Montederramo es de

pilastras jónicas acanaladas de poco resalto y entablamento con friso curvo, a pesar de la condición fijada en el contrato de construcción de ser los capiteles corintios, como los del templo de Villagarcía de Campos. Las bóvedas de las naves del gallego son singularmente arcaicas, de ojivas, aunque clásico su moldurado. La del presbiterio es de medio cañón, con lunetos y casetones en su parte central, más en armonía con el resto de la iglesia. Cubre el tramo central del crucero una media naranja sobre pechinas lisas, sin interposición de linterna.

Dícese que la iglesia vieja de Monfero, de la que tan sólo subsiste un trozo del muro que cerraba su nave de la epístola, con columnas adosadas y ventanas de doble derrame, fué derribada en 1620. Al reconstruirla, Villamil supone que en 1611, fecha de la sacristía, redujeron su ancho, reduciéndola a una nave única, levantada, al parecer, sobre los cimientos de la vieja. Su planta es de cruz latina, con presbiterio rectangular. La ordenación del alzado interior es de rudas pilastras toscanas, sobre cuyo entablamento arranca una bóveda de medio cañón con casetones, lejano reflejo, en la Galicia rural, de San Pedro de Roma a través de San Martín Pinario de Santiago. No hay ventanas en los muros laterales. Sobre el tramo central del crucero se levanta una cúpula de ocho paños con linterna octogonal. El exterior es desnudo, severo, excepto la fachada, con la que se debió cerrar y dar remate al templo ya en plena época barroca, y a la que se alude más adelante.

El renacimiento monástico barroco

No sufrió interrupción la actividad edificadora en los monasterios bernardos con la introducción y triunfo del arte barroco, cuyo extraordinario florecimiento en Galicia es bien conocido. Los pedreros indígenas, libertados de preceptos rígidos, encontraron en la libertad y abundancia que las nuevas formas autorizaban, un lenguaje plástico en que expresar su afición por la piedra profusamente labrada.

Las primeras formas barrocas llegaron a Compostela, según Chamoso, desde Salamanca, importadas por el maestro de obras de cantería José de la Peña de Toro, que había trabajado en la construcción de la Clerecía de esa ciudad de la región leonesa. Llegó a la gallega en 1652, llamado por los monjes de San Martín Pinario para que dirigiera las obras de su monasterio. El canónigo de la basílica del Apóstol don José Vega y Verdugo, fué el iniciador de la transformación del gran templo, para poner su exterior a la moda de la época y dar nueva monumentalidad al edificio medieval. José de la Peña recibió el encargo de construir una fachada en el brazo sur del crucero, en la plaza de la Quintana, comenzada en 1658 y concluída en 1699, y la torre de las Campanas que domina la plaza del Obradoiro. Erguíase esa torre en 1670; Toro murió seis años después.

Desde el foco santiagués difundieron las nuevas, libres y profusas formas barrocas por los monasterios ga-

llegos, pero con sentido menos académico, si es lícito emplear la palabra al hablar de este arte, y más popular que en la ciudad del Apóstol. La actividad constructiva no se limitó en los bernardos a la construcción de grandes claustros y otras dependencias monásticas. Siguiendo el ejemplo de Montederramo y Monfero, los monjes de las otras dos grandes casas de la orden en Galicia, Sobrado y Osera, quisieron también, olvidados del espíritu primitivo, sustituir la severa arquitectura medieval de sus templos por la pompa y frondosidad barrocas. Los de Osera, felizmente, limitáronse a disfrazar la fachada del suyo, que les parecería harto pobre, por otra imponente en la que no quedó sillar sin labra. Para mayor olvido aún de las disposiciones primitivas, la flanquean dos grandes torres, en las que tampoco se dejó superficie alguna desnuda donde reposar la vista fatigada. Esta fachada de Osera, la de Sobrado y la que cierra a poniente el templo anterior de Monfero, ya de época barroca, son obras de gran originalidad, en las que no hay que buscar armonía de proporciones ni refinamientos de formas y molduración. Pero su magnífico ímpetu arquitectónico acuerda con el paisaje de los valles bernardos en torno y constituye una de las expresiones más destacadas del sentimiento popular indígena. La arquitectura barroca, que en casi todo el resto de España empleó materiales más pobres, como el ladrillo y el yeso, adquiere en Galicia elevada categoría monumental al utilizar el granito, cuya dureza no la resta libertad de formas ni profusión ornamental.

La iglesia de Sobrado la levantó Pedro de Monteagudo, postor en el concurso para la obra del Hospital real de Compostela, en 1678. El templo comenzaría probablemente por los pies, para poder seguir celebrando el culto en el santuario viejo.

La fachada de occidente la terminó Monteagudo en 1676. En 1670 ó 1673 hízose la capilla del Rosario, abierta en el brazo norte del crucero, atribuída por Sánchez Cantón a Domingo de Andrade. Las torres de la fachada construíanse en 1679; las sillerías alta y baja se contrataban en 1693 y 1696. Hasta 1708 no se consagró la iglesia, que tiene planta de cruz latina de tres naves, otra transversal de crucero y presbiterio rectangular. La ordenación interior es a base de pilastras de orden compuesto bajo un entablamento muy libremente tratado, con un friso de modillones no más puristas. Cubre la nave mayor una bóveda de medio cañón, rota por grandes lunetos que permitieron abrir ventanas circulares en cada tramo. Sobre el central del crucero, sostenida en pechinas decoradas con escudos, levántase una cúpula semiesférica, recubierta de vigoroso follaje; tuvo linterna en lo alto, hoy arruinada. Con la abundancia decorativa de la fachada contrasta, lo mismo que en los templos de Montederramo y Monfero, el severo aspecto del resto del exterior, muy cisterciense. Por curioso arcaísmo, la cúpula del crucero, como en el primero de aquéllos, acúsase exteriormente por un cuerpo octogonal liso.

La fachada de los pies del templo de Monfero, a la que antes se aludió, tiene cuatro grandes columnas abarcando toda su altura, flanqueadas por pilastras estriadas, de orden compuesto. Los sillares están alternativamente relevados. Por el mismo tiempo se levantaría la capilla de la Virgen de Cella, cuya puerta se abre en el brazo norte del crucero, con altar de piedra, fechado en 1666. Alonso González, postor en 1678 de la subasta de obras del Hospital real de Santiago, entendía en las de Monfero. En 1716 hízose la sacristía, nombrada *chirola* por los monjes, sin duda a causa de su situación arrimada al testero del presbiterio. La data de 1790, en la puerta de la hermosa sala capitular, demuestra la persistencia de la actividad arquitectónica hasta fines del siglo XVIII.

Sillares almohadillados cubren por completo la fachada monumental, recargadísima también, de la iglesia de Osera, y la del monasterio adyacente. También flanquean a aquélla dos grandes torres; será obra contemporánea de la de Sobrado. A la misma etapa artística pertenecen patios, escaleras y la biblioteca, gran salón cubierto con bóveda de aristas sobre ménsulas, en el frontón de cuya puerta figura el año 1766.

La renovación barroca alcanzó en el monasterio de Armenteira, entre otras dependencias, a la cocina, fechada en 1766, al claustro, que lo está en 1769, y a la torre, en la que se lee la data de 1778. En Oya, la delantera del templo, de una arquitectura ya más serena, en la que apenas hay huellas de barroquismo, se levantó en 1740, según inscripción que en ella existe. De entonces datarán

la torre sobre la sacristía y un patio a oriente que quedó sin terminar.

La galería alta del claustro de Penamayor está fechada en 1784. Hundida la fachada de la iglesia de Junquera, reconstruyóse en 1801. Cinco años después se renovaba también el claustro más oriental del monasterio de Monfero, cuyas obras suspendería la invasión francesa. Eran los últimos y pobres ecos de una actividad arquitectónica, ininterrumpida durante siglos, que dejó en los campos gallegos obras monumentales y pintorescas cuya pujanza asombra.

La piedad de las ruinas monásticas

La desamortización de 1835 encontró a algunos de estos monasterios cistercienses gallegos en gran decadencia; otros, conservaban en sus enormes edificios un reflejo de la grandeza pasada. Salváronse los templos, convertidos casi todos en parroquiales, amparados así por los pueblos a que dieron origen, pero las dependencias monásticas, expulsados los monjes, abandonadas, empezaron a arruinarse y en no pocos casos sirvieron de fácil cantera, sin utilidad por su lejanía de núcleos importantes de población.

Sobrado fué cuartel central de Galicia en la guerra carlista y se libró del bombardeo por laudable respeto del cabecilla Gómez. En 1852 se desmontaron sillares para construir la cárcel de Arzúa; más tarde, volá-

ronse con dinamita las arquerías de uno de sus claustros, el de traza más clásica, para levantar los muros de mampostería de la casa rectoral; de la bóveda del coro fueron arrancadas bárbaramente grandes dovelas. Vendido en 1869 a un contratista, sus sillares sirvieron de morrillo de carreteras. El cardenal Payá lo rescató para la Mitra, pero después de breve tiempo prosiguió el abandono. Hace algo más de treinta años aún se trató irrespetuosamente como cantera, al conceder sus piedras para la construcción de la casa de un sindicato agrícola de Cambados.

Don José Villa-amil alcanzó a ver de 1868 a 1870, en Meira, el claustro arrimado a la iglesia, la vieja cocina y alguna otra dependencia monástica, registradas en un croquis de planta y desaparecidas a principios de este siglo. El arruinado claustro de Tojosoutos, del que tan sólo subsistían tres galerías destechadas, se salvó al venderlo la Mitra compostelana a un particular para trasladarlo a su finca de Noya.

Tan sólo las construcciones monásticas de San Clodio se han sostenido y cobrado nueva vida al ocuparlas una comunidad benedictina, y las de Osera otra cisterciense, bien mutiladas estas últimas tras un siglo de abandono.

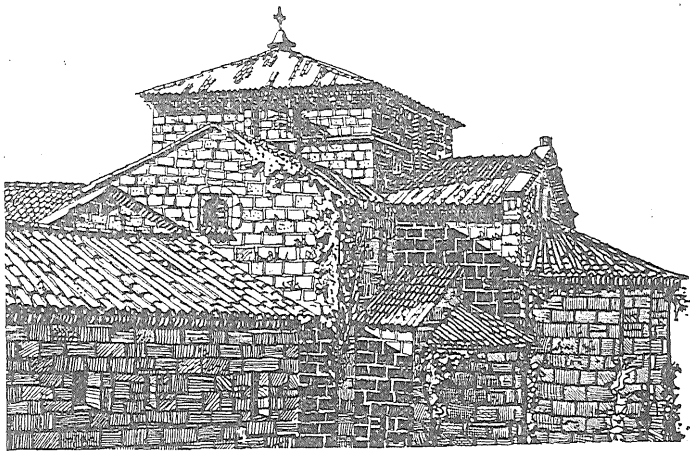
Yedras y plantas parásitas, lozanamente desarrolladas en los campos húmedos de Galicia, cubren piadosamente los muros y rodean columnas y pilares, envolviendo con ropaje opulento, pero con abrazo mortal, su desolación. Lentamente, las raíces van penetrando entre los sillares y desintegrando las fábricas, cada día que pasa

un poco más disminuídas. La naturaleza cobra con usura la belleza efímera que presta a los edificios abandonados.

Gran parte de la ingente riqueza arquitectónica y artística acumulada por los bernardos en seis siglos largos, ya muy disminuída, está en trance de desaparición. Las páginas de este pequeño libro se han escrito sobre notas y recuerdos de un viaje realizado hace algo más de treinta años. No ha vuelto su autor a visitar esos monasterios, cuyas ruinas se levantarán hoy menos enhiestas que entonces. Gran piedad la de estas casas monásticas, en las que se fué reflejando el arte desde el siglo XII hasta el XIX: el granito gallego, tratado sobriamente, con sentido racionalista y austero en las construcciones del primero y del XIII; suavizada su labra, con gracia impuesta y forastera en las formas góticorrenacientes del siglo XVI; adquiriendo un brío magnífico al ser moldeado por el cincel de los pedreros barrocos.



Capitel de la iglesia de Acibeiro.

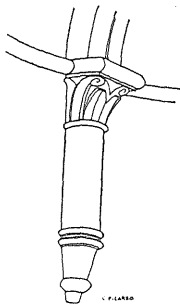


Exterior de la iglesia de Armenteira.

BIBLIOGRAFIA

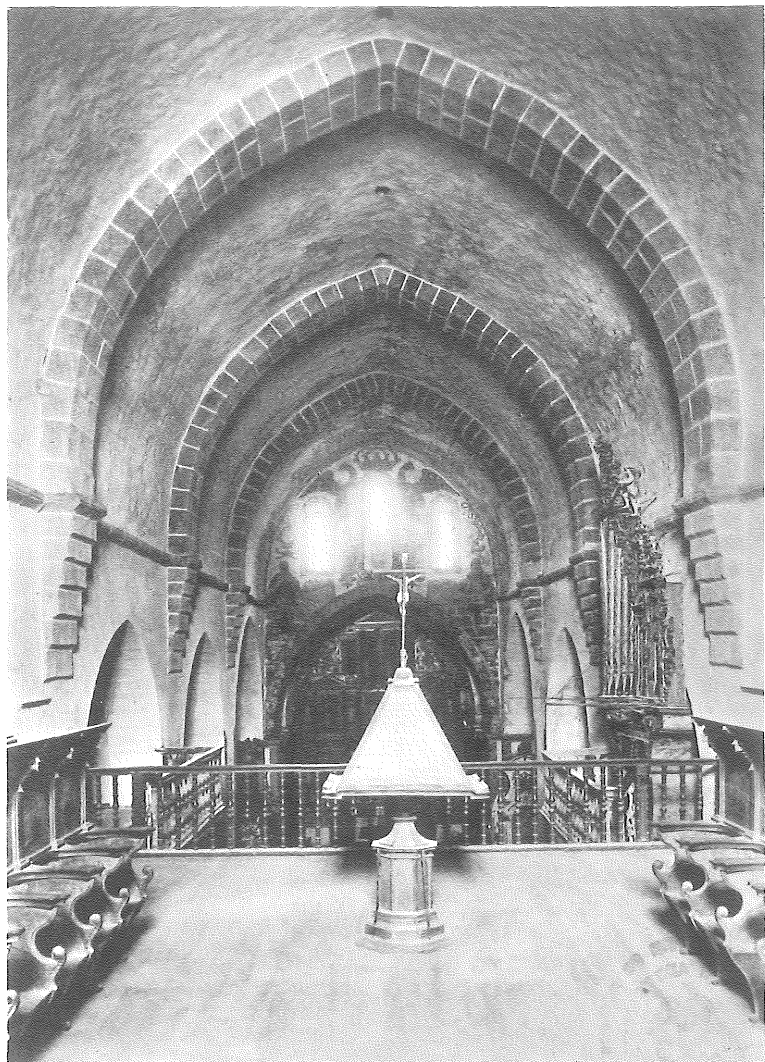
- CASTILLO, A. del: *La escultura en Sobrado* (Bol. de la Real Academia Gallega, t. XII, p. 230).
- CHAMOSO LAMAS, Manuel: *El monasterio de Montederramo (Orense)*. «Archivo Español de Arte», XX, Madrid, 1947, págs. 78-94.
- GODDARD KING, Georgiana: *Santa Maria de Melón*. «American Journal of Archaeology», XXI, 1917.
- *Some churches in Galicia*. «Art Studies», Princeton, 1923.
- LAMPÉREZ Y ROMEA, Vicente: *Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media*, t. II, Madrid, 1909.
- *La colegiata de Bayona (Pontevedra)*. «Bol. de la Soc. Española de Excursiones», XVIII, Madrid, 1910, págs. 44-49.
- LOSADA, Manuel: *Sobrado de los Monjes*. Guía del turista ampliada con el historial del tan celebrado Monasterio, segunda edición, La Coruña, s. a. (1926).
- OSERMAIER, Hugo: *El ex-monasterio de Sobrado de los Monjes (La Coruña)*. «Bol. de la Real Acad. de la Historia», XC, 1927, páginas 294-296.

- PÉREZ COSTANTI, Pablo: *«Diccionario de artistas que florecieron en Galicia durante los siglos XVI y XVII»*. Santiago, 1930.
- SÁEZ SÁNCHEZ, Emilio: *«Cartas de población del monasterio de Meira. «Anuario de Historia del Derecho español», XIV, Madrid, 1942-1943, págs. 500-519.*
- SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier: *Informe relativo a expediente sobre declaración de monumento arquitectónico-artístico a favor del ex-monasterio de Sobrado (Coruña)*. «Bol. de la Real Acad. de Bellas Artes de San Fernando», seg. época, XXII, 1928, págs. 130-137.
- *Informe acerca del expediente sobre declaración de monumento histórico-artístico a favor del ex-monasterio de Monfero (Coruña)*. «Bol. de la Real Acad. de Bellas Artes de San Fernando», seg. época, XXIII, 1929, págs. 167-169.
- TORRES BALBÁS, Leopoldo: *Rincones inéditos de antigua arquitectura española, La cocina del Monasterio de Sobrado (La Coruña)*. «Arquitectura», III, Madrid, págs. 10-11.
- *Ruinas de España, Monasterios bernardos de Galicia*. «Arquitectura», XI, 1929, págs. 155-156.
- *Iglesias románicas españolas con bóvedas de cañón en las naves laterales, de eje normal al del templo*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», VII, Madrid, 1931, págs. 1-21.
- *Arquitectura gótica*. «Ars Hispaniae», t. VII, Madrid, 1932.
- VILLA-AMIL Y CASTRO, José: *Iglesias gallegas de la Edad Media*. Madrid, 1904.

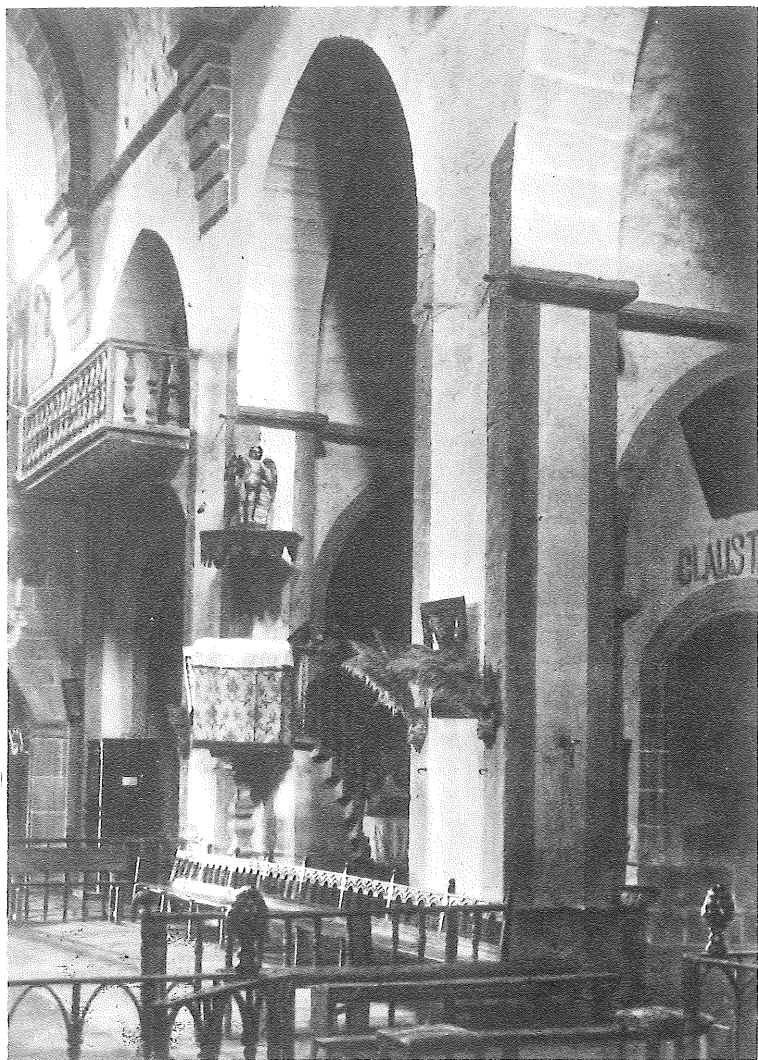


Columna - ménsula de la iglesia de Melón.

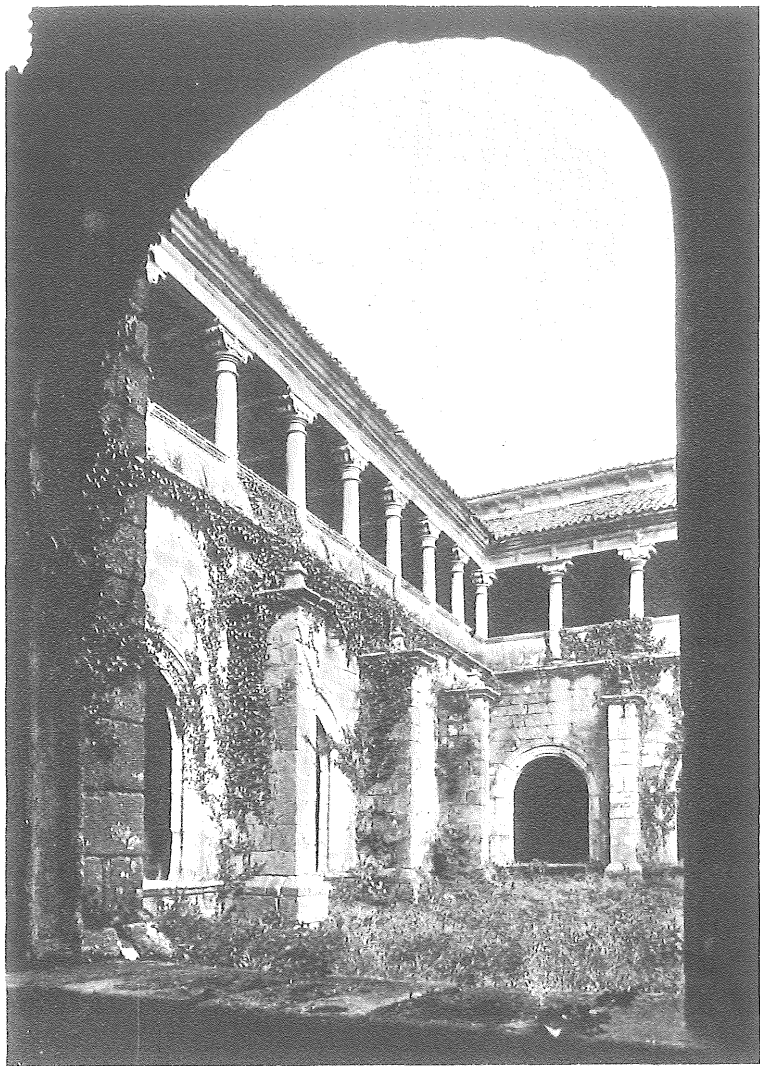
LAMINAS



1. Monasterio de Oya (Pontevedra).—Nave mayor de la iglesia.



2. Monasterio de Oya (Pontevedra).—Detalle del interior de la iglesia.



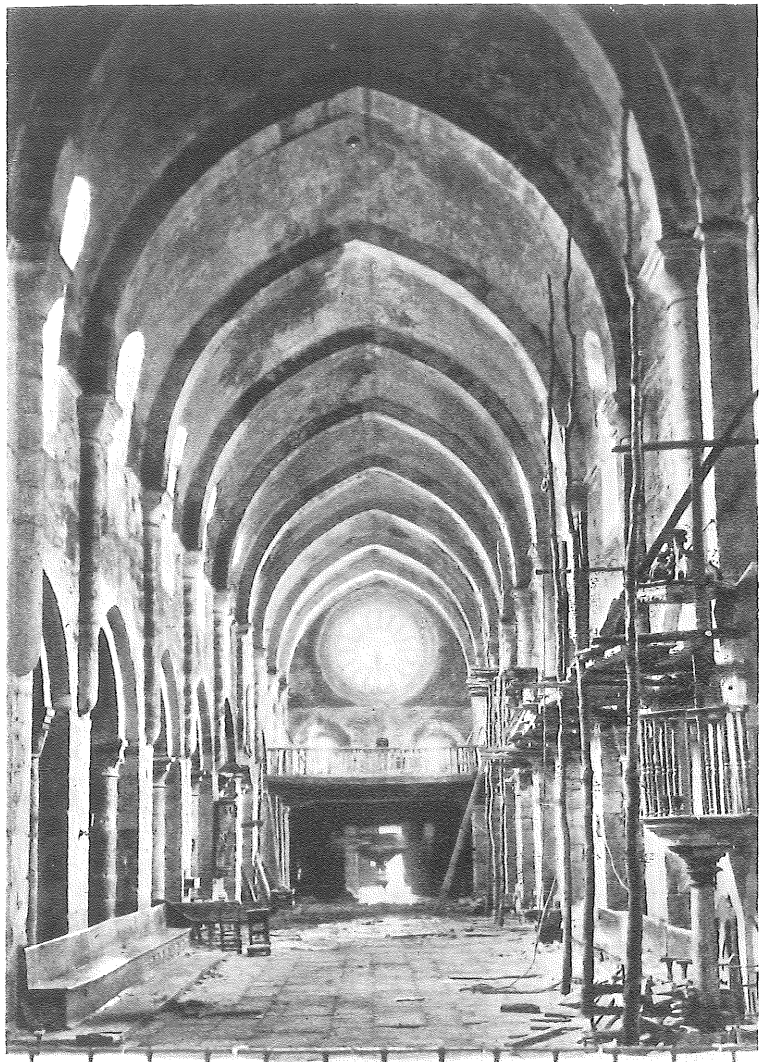
3. Monasterio de Oya (Pontevedra).—Claustro.

4. Monasterio de Meira (Lugo).—Vista general.



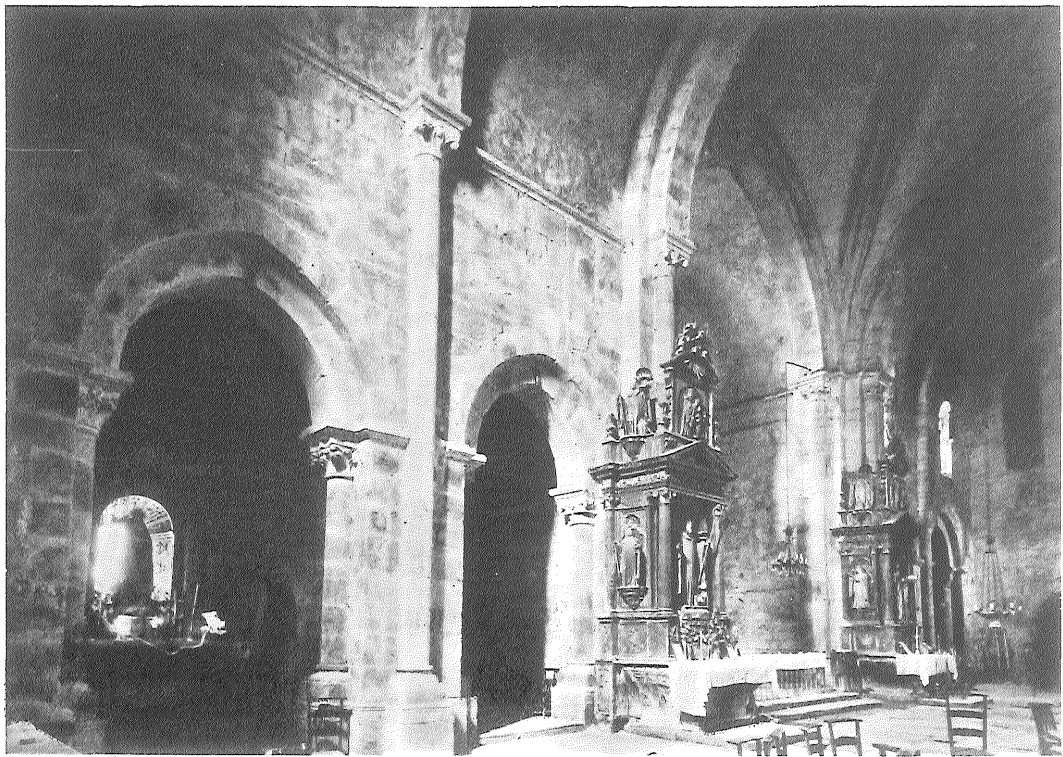
5. Monasterio de Meira (Lugo).—Fachada de la iglesia.





6. Monasterio de Meira (Lugo).—Nave mayor de la iglesia.

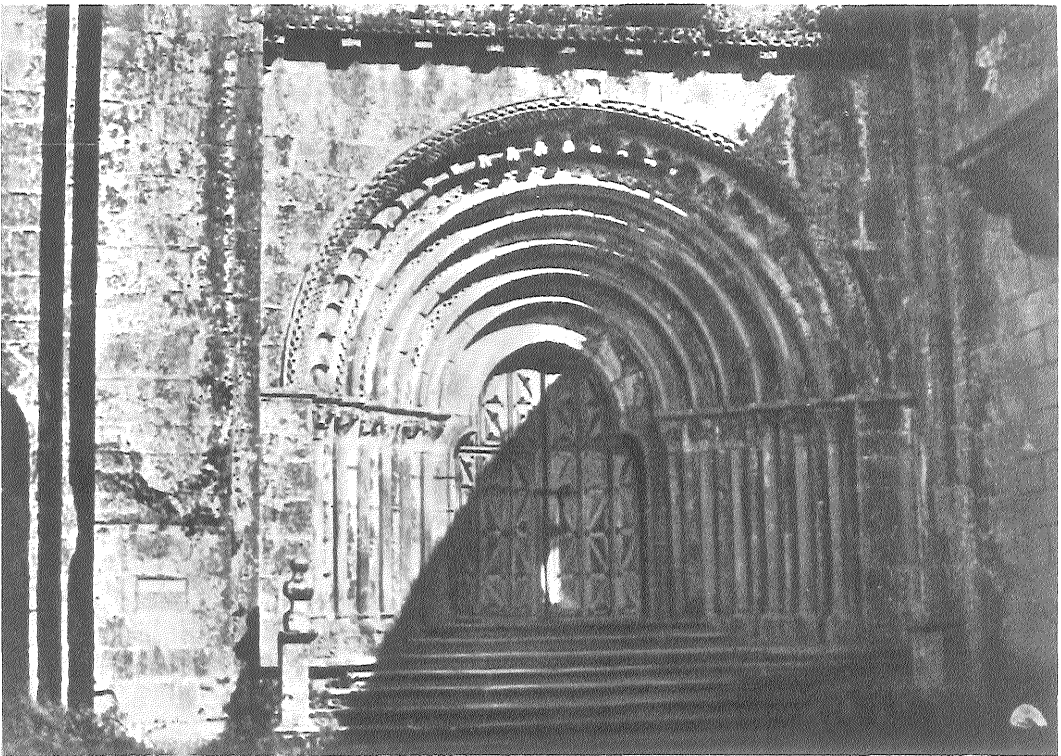
7. Monasterio de Meira (Lugo).—Interior de la iglesia.

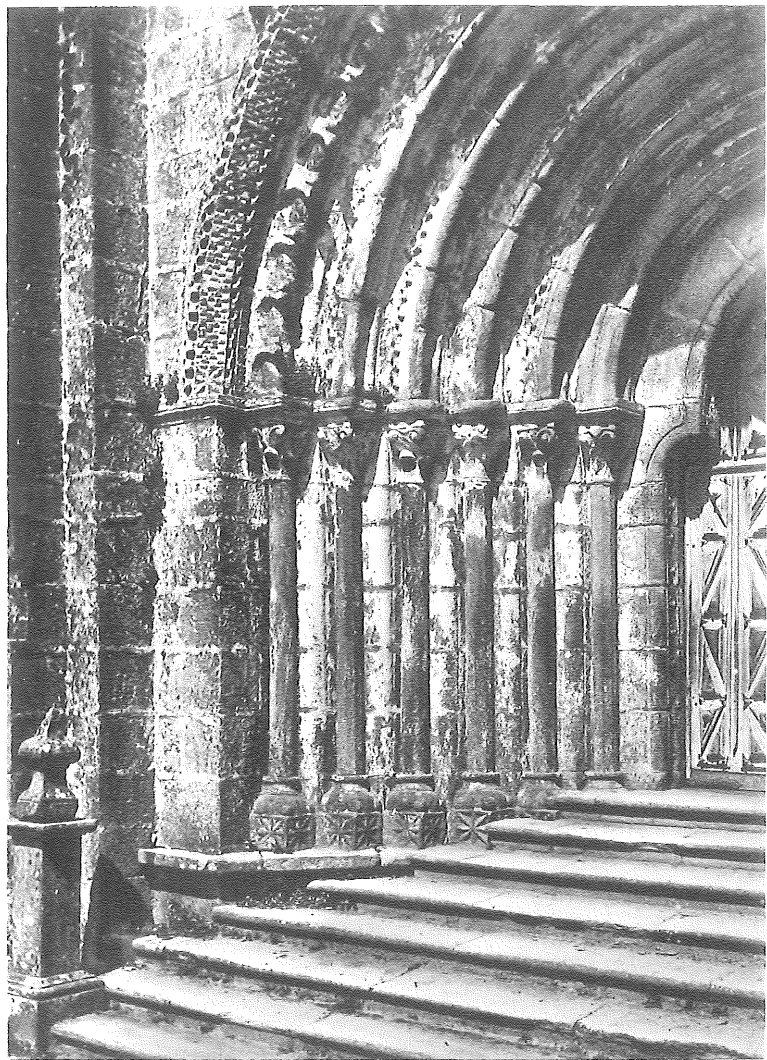




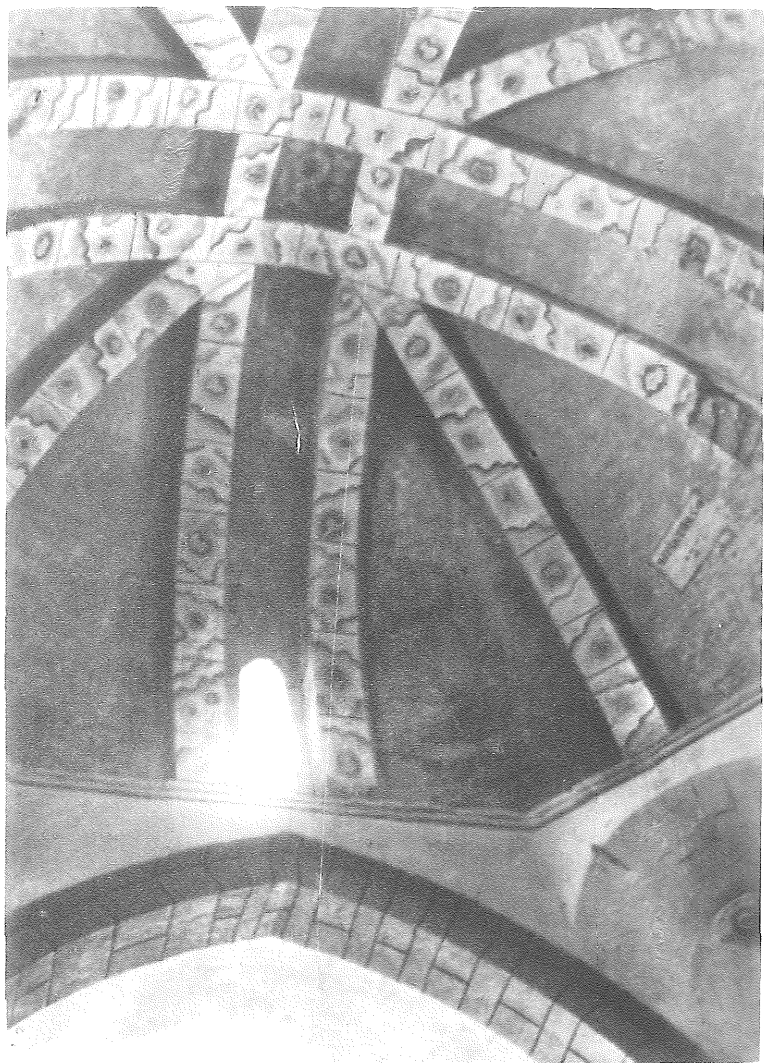
8. Monasterio de Armentera (Pontvedra).—Vista general.

9. Monasterio de Armentera (Pontevedra).— Portada de ingreso a la iglesia.

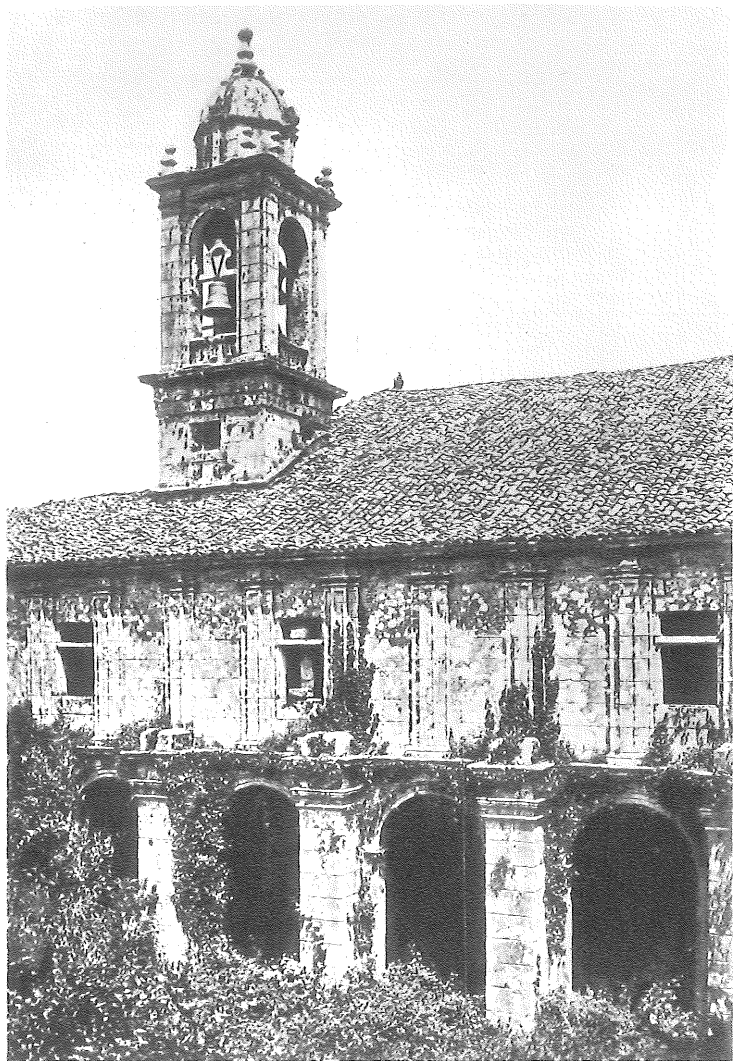




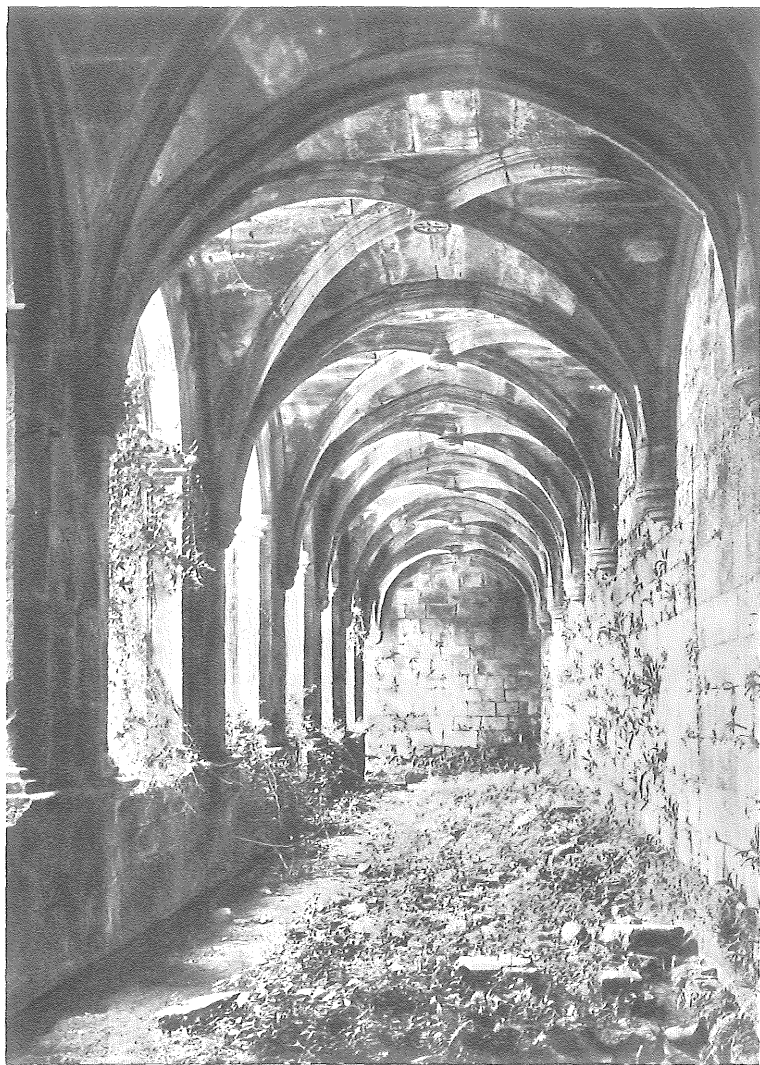
10. Monasterio de Armenteira (Pontevedra).—Detalle de la portada de ingreso.



11. Monasterio de Armenteira (Pontevedra).—Cúpula del crucero de la iglesia:

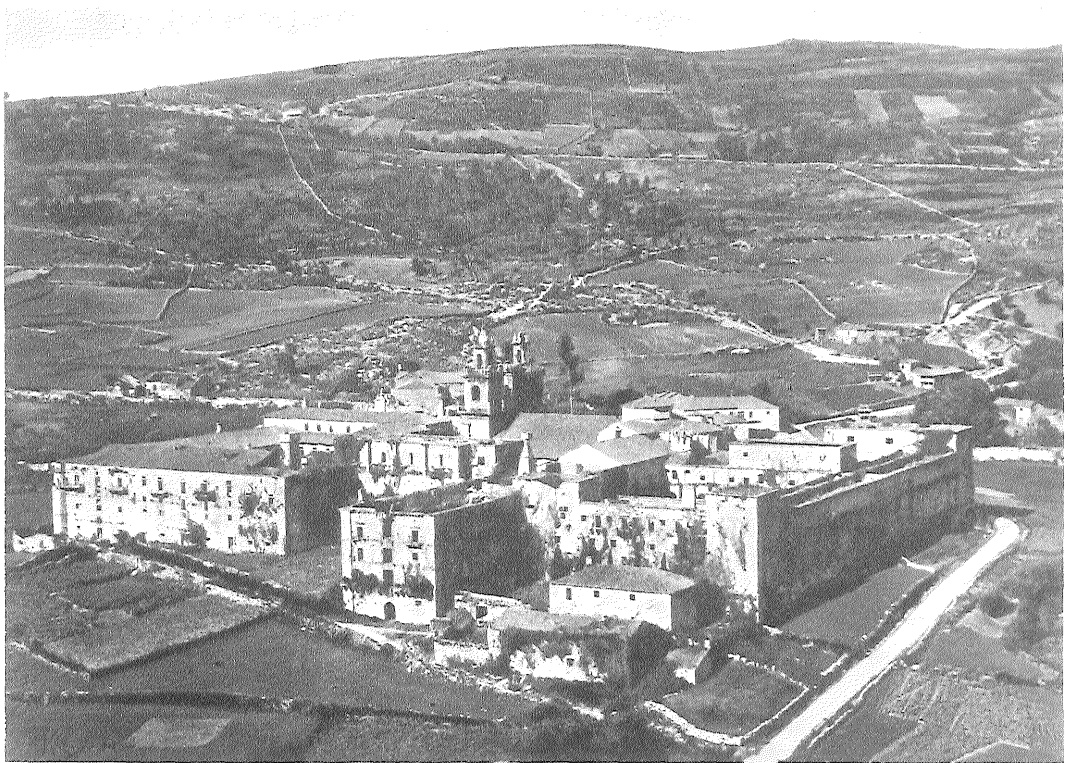


12. Monasterio de Armenteira (Pontevedra).—Claustro.



13. Monasterio de Armenteira (Pontevedra).—Galería del claustro.

14. Monasterio de Osera (Orense).—Vista general.



15. Monasterio de Osera (Orense).—Fachadas de la iglesia y convento.





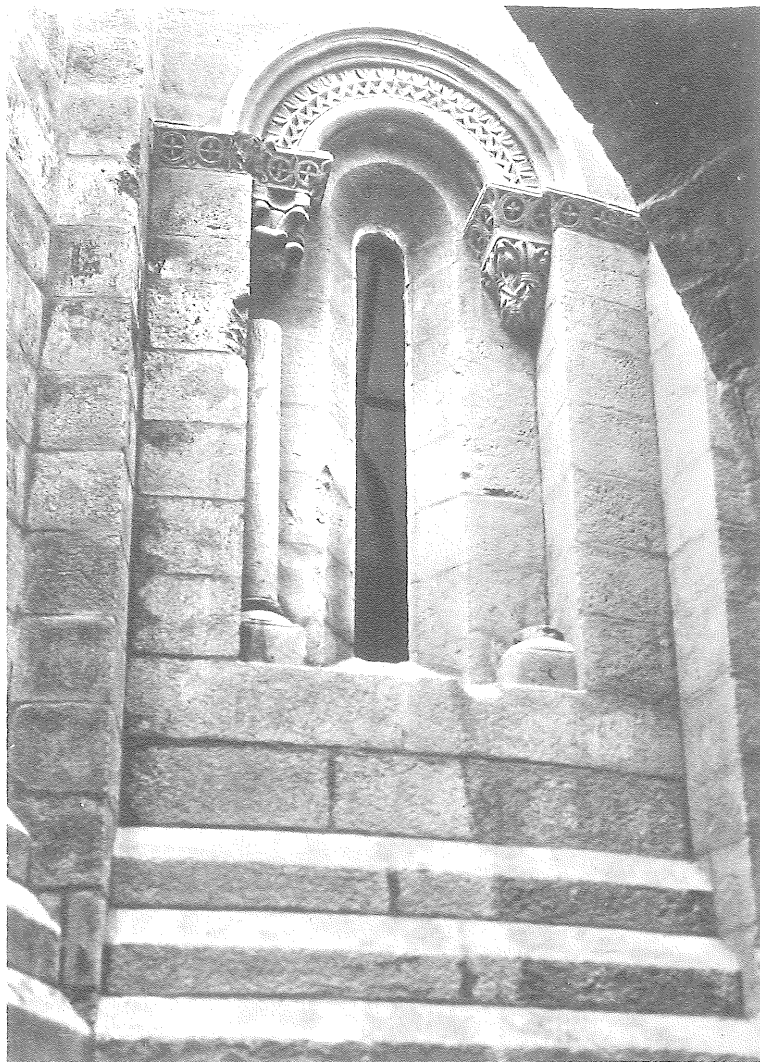
16. Monasterio de Osera (Orense).—Fachada del convento.



17. Monasterio de Osera (Orense) —Exterior del brazo norte del crucero del templo y capilla de forasteros.

18. Monasterio de Osera (Orense). — Exterior de la cabecera de la iglesia.

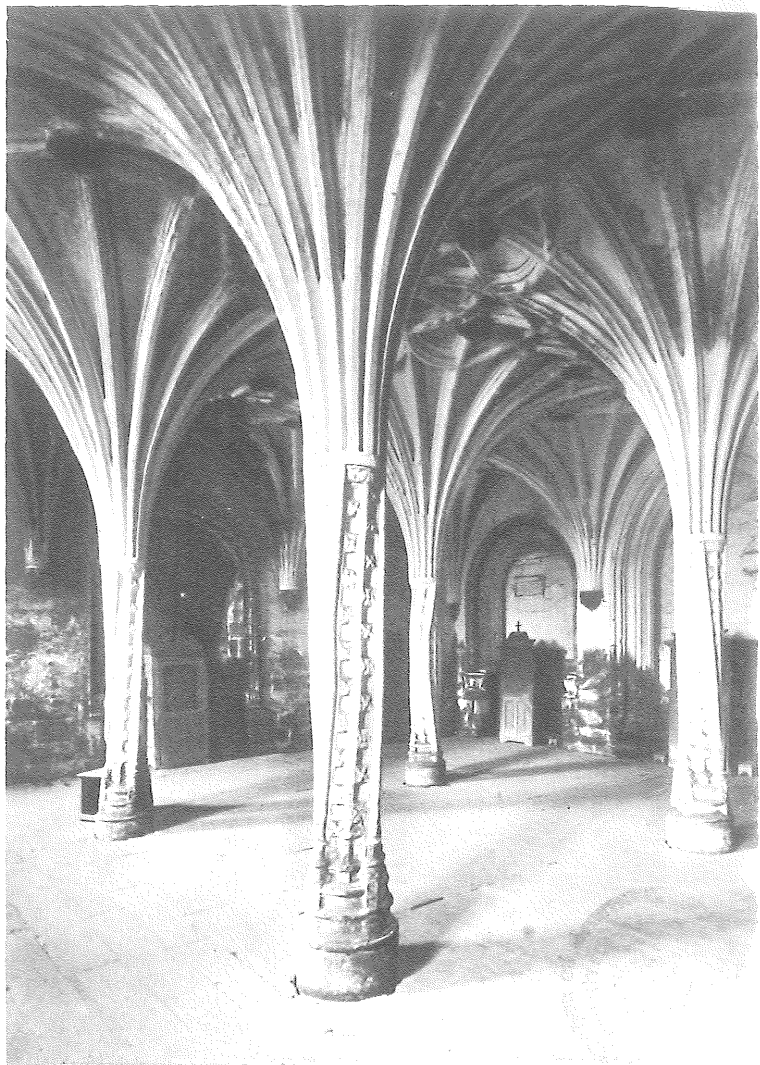




19. Monasterio de Osera (Orense).—Ventana de la cabecera.

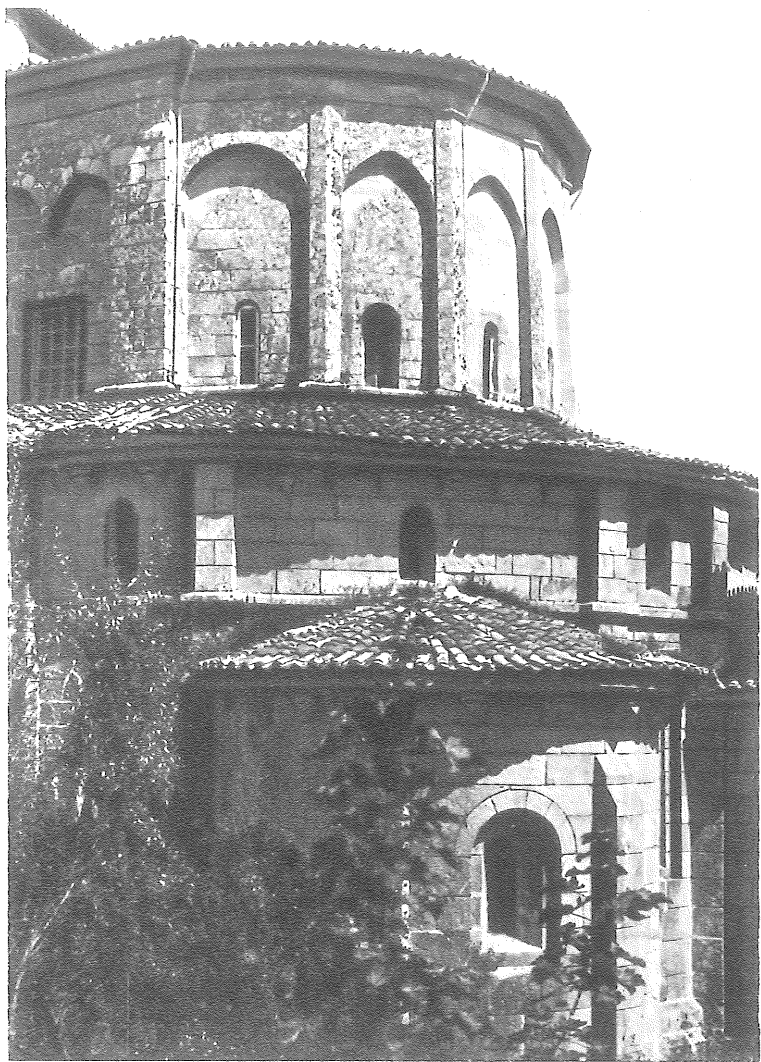


20. Monasterio de Osera (Orense).—Interior de la iglesia.

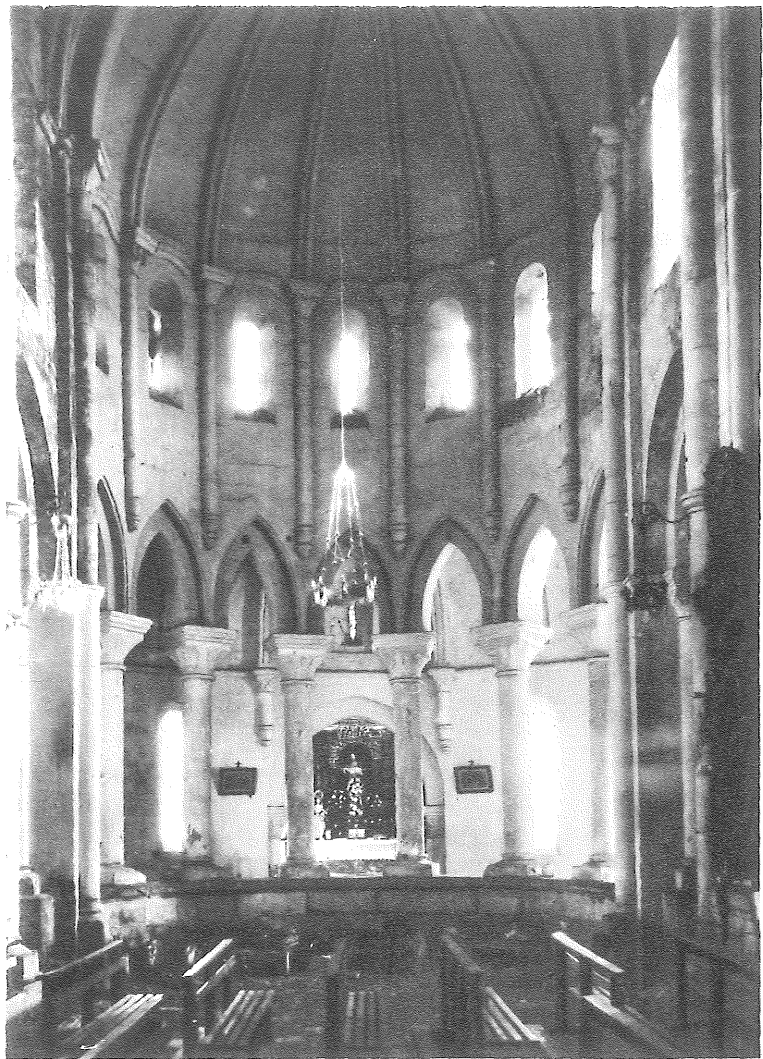


21. Monasterio de Osera (Orense).—Sala capitular.



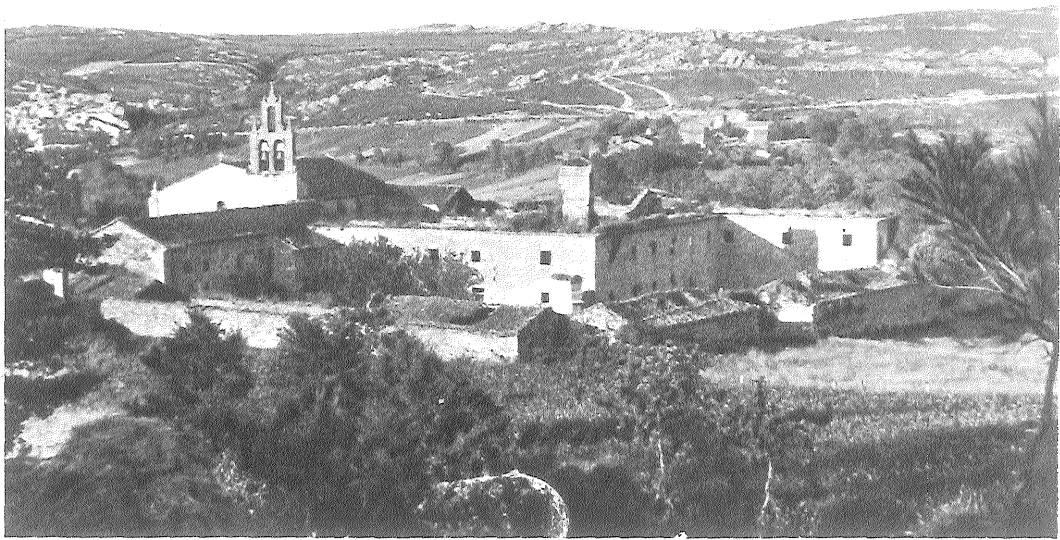


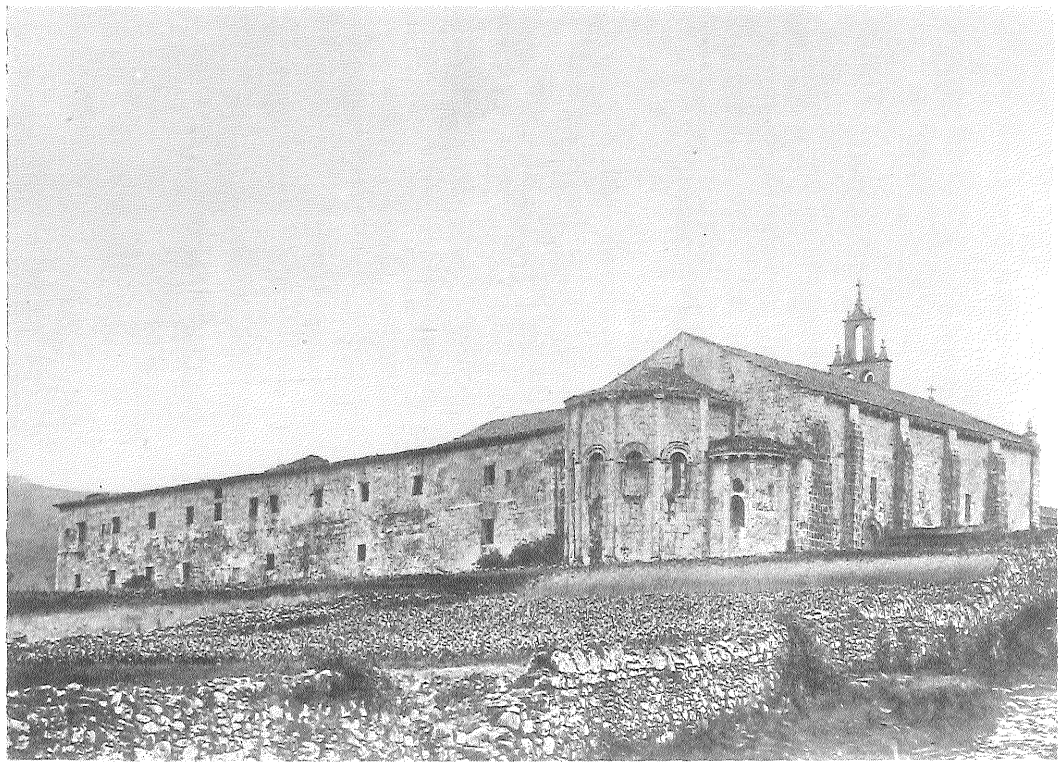
23. Monasterio de Melón (Orense).—Exterior de la cabecera de la iglesia.

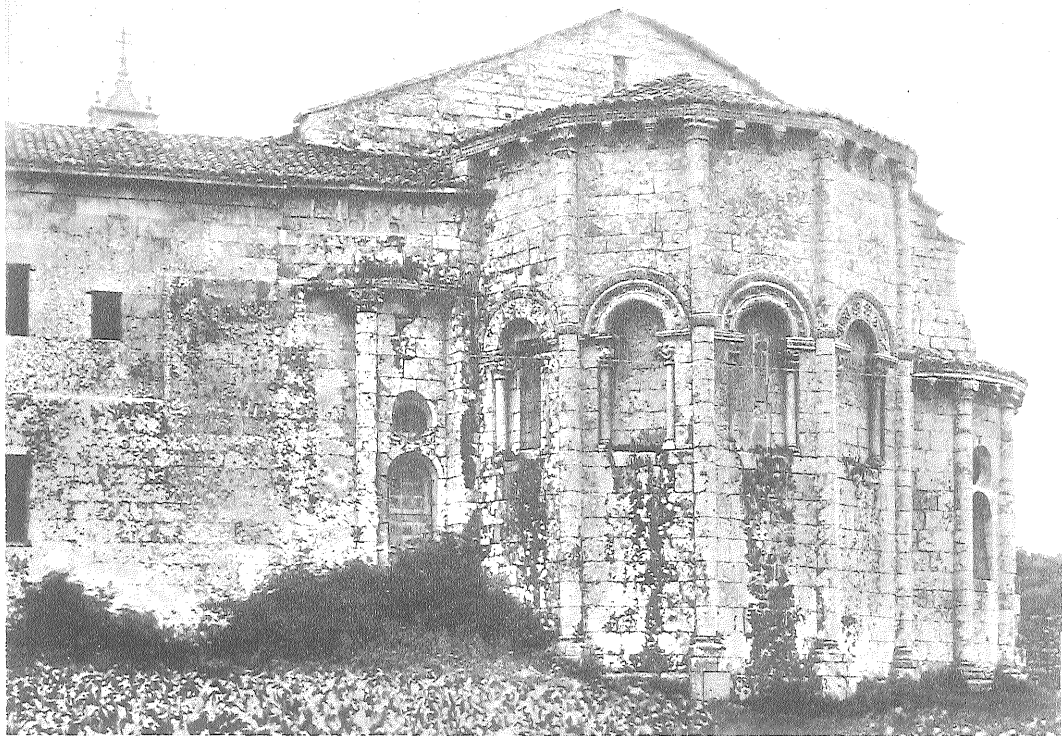


24. Monasterio de Melón (Orense).—Capilla mayor de la iglesia.

25. Monasterio de Achibero (Ponvedra).—Vista general.





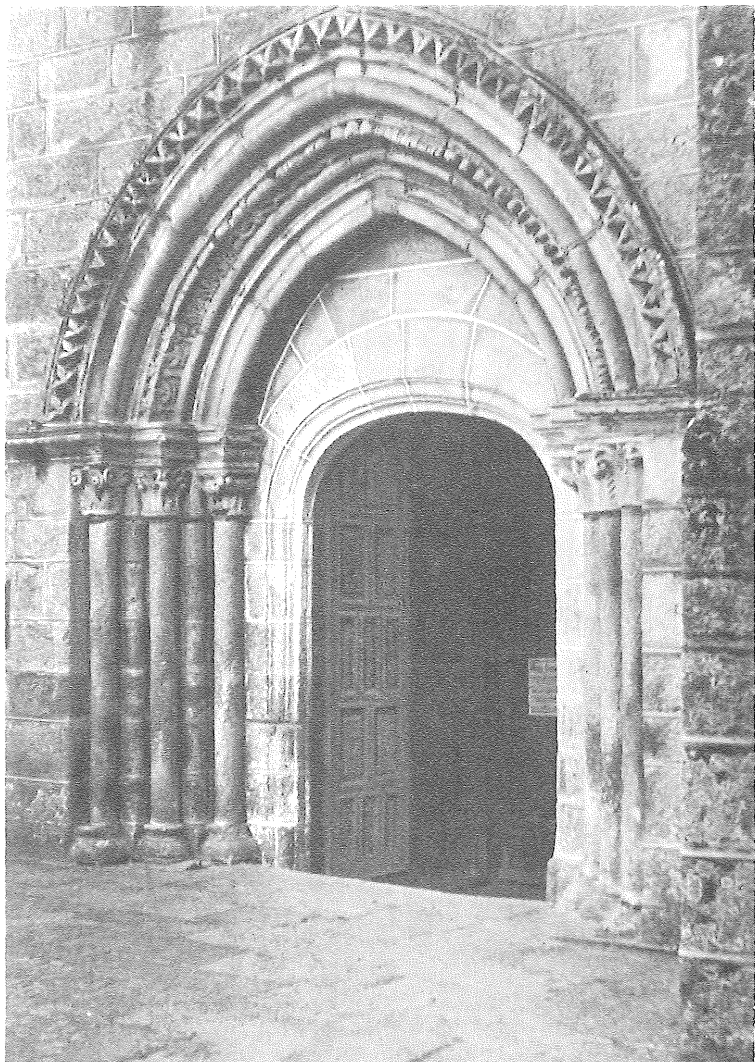




28. Monasterio de Acibeiro (Pontevedra).—Interior de la iglesia.



29. Monasterio de Acibeiro (Pontevedra).—Capiteles del interior de la iglesia.



30. Monasterio de San Clodio (Orense).—Portada de la iglesia.

31. Monasterio de la Franqueira (Pontevedra).—Vista general.





32. Monasterio de la Franqueira (Pontevedra).—Portada de la iglesia.

33. Monasterio de Ferreira de Pantón (Lugo).—Cabecera del templo.



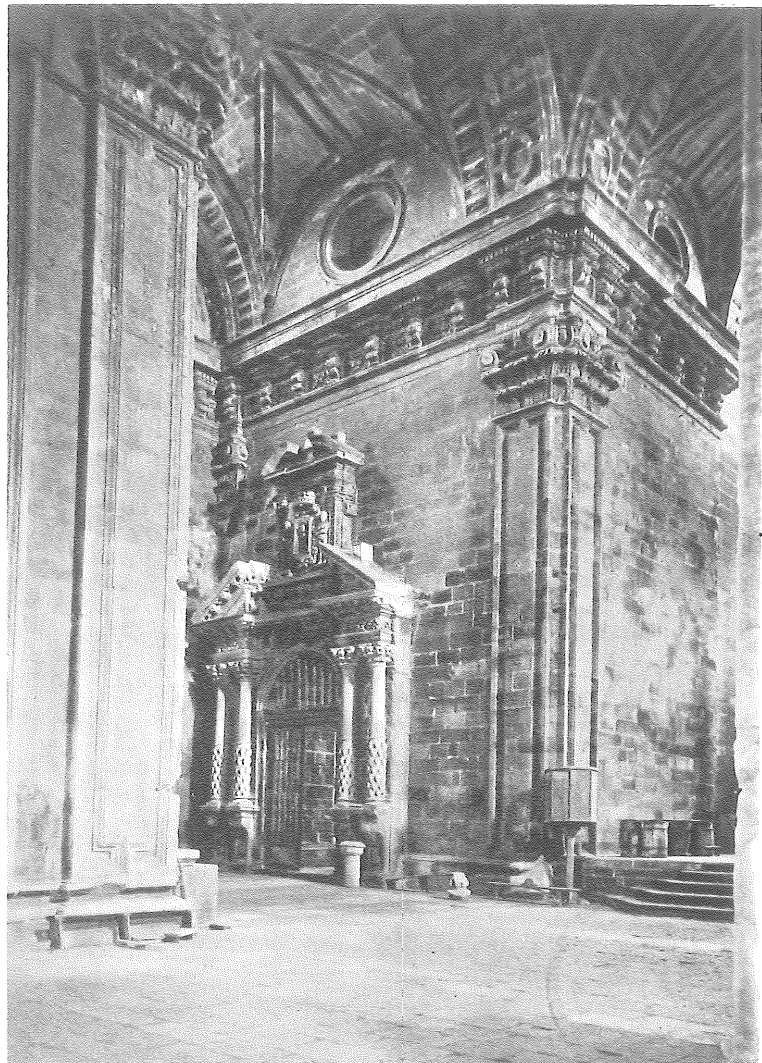




35. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Coruña)—Fachada de la iglesia.

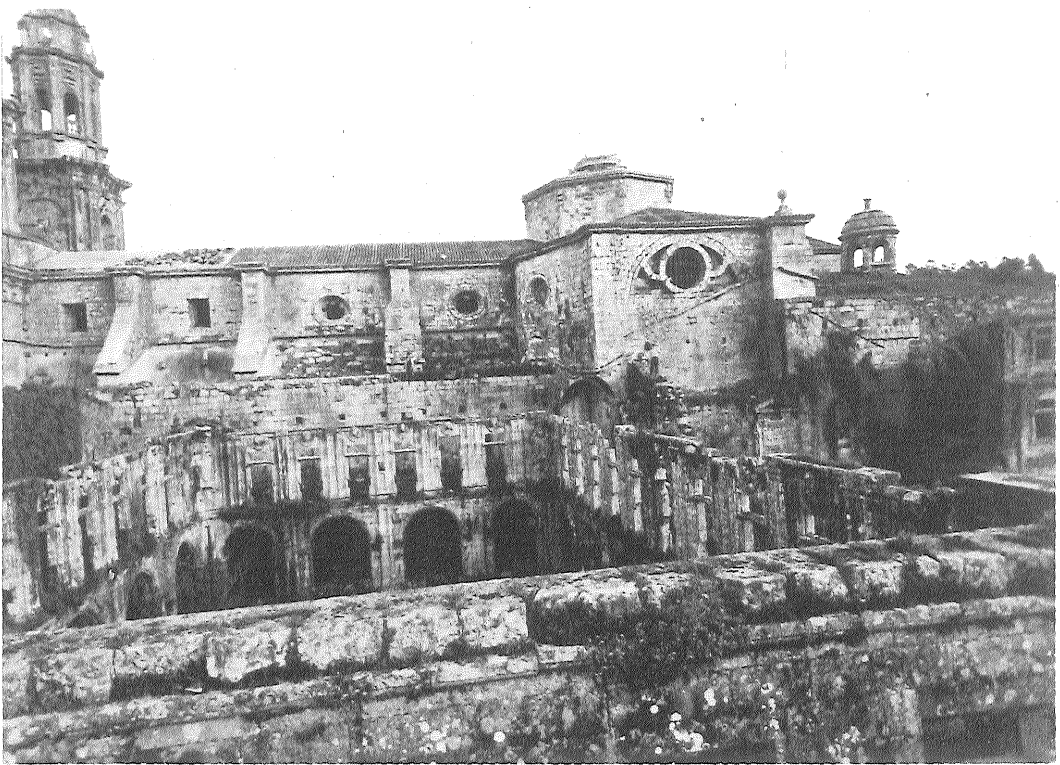
36. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Coruña).
Naves de la iglesia desde el crucero.





37. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Coruña). Brazo norte del crucero del templo y portada de la capilla del Rosario.

38. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Cornüa).
Exterior de la iglesia y claustro de procesiones.





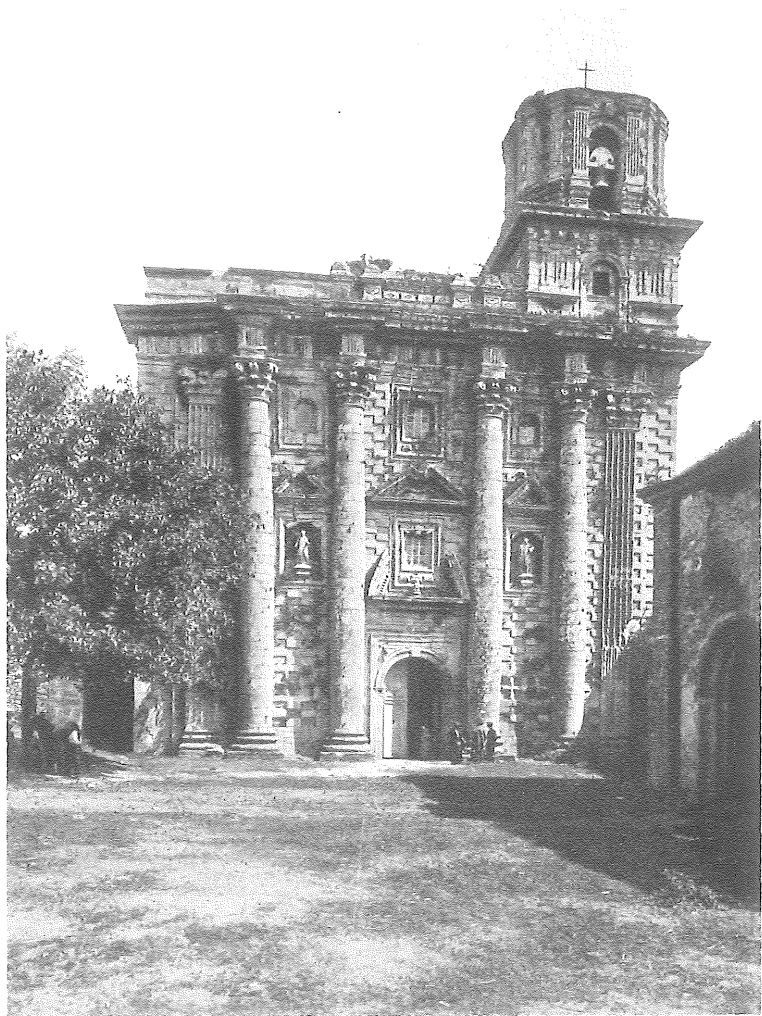


40. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Cornüa). Claustro de procesiones con las torres de la iglesia al fondo.



41. Monasterio de Sobrado de los Monjes (Coruña).—Cocina.

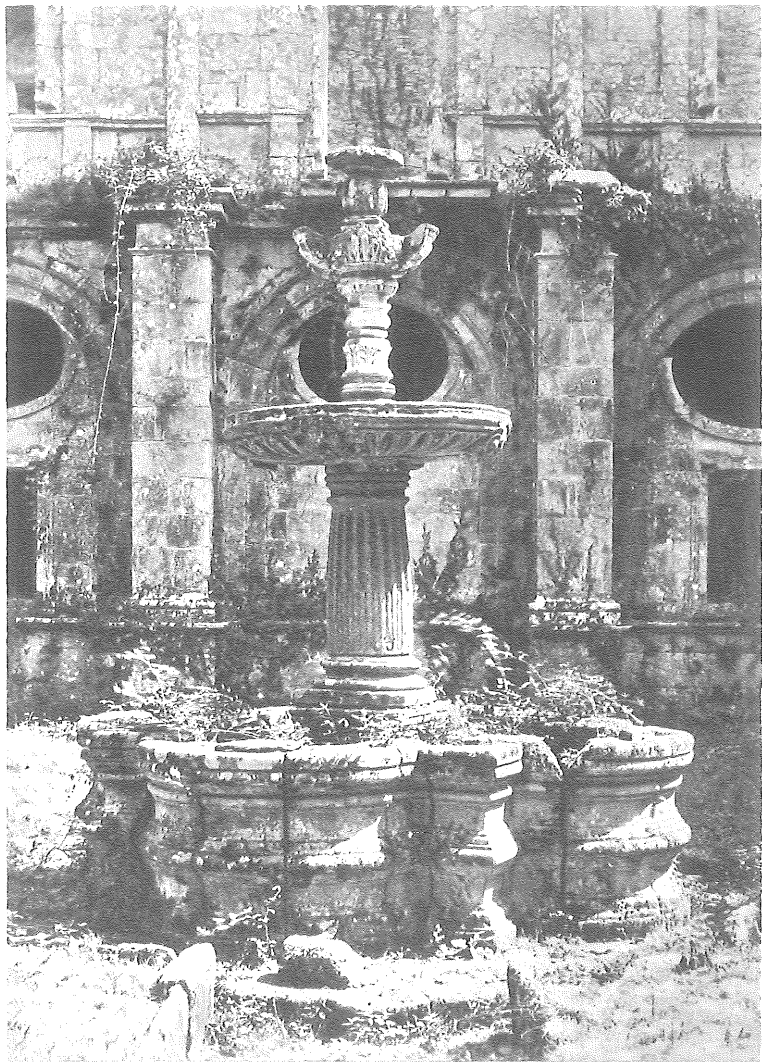




43. Monasterio de Monfero (Coruña).—Fachada del templo.



44. Monasterio de Monfero (Coruña).—Claustro principal.



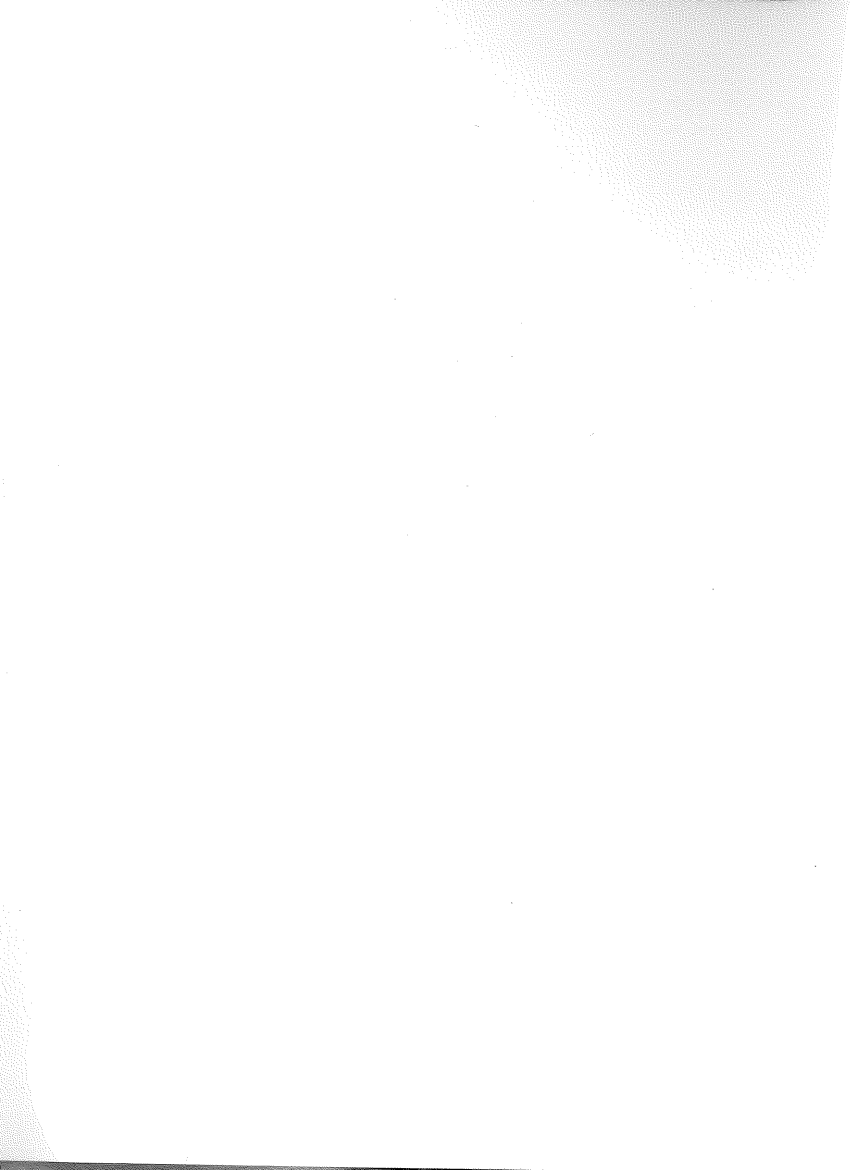
45. Monasterio de Monfero (Cornüa).—Fuente del claustro.



46. Monasterio de Montederramo (Orense).—Claustro.







SE TERMINÓ LA TIRADA DE ESTE VOLUMEN
OCTAVO DE LA COLECCIÓN "OBRADOIRO"
EN LOS TALLERES DE HAUSER Y MENET, DE MADRID,
EN LAS VÍSPERAS DE LA PASCUA DE PENTECOSTÉS
DEL AÑO SANTO COMPOSTELANO DE MCMLIV

¡ HERRU SANCTIAGU !

¡ EULTREIA !

COLECCION "OBRADOIRO"

VOLUMENES PUBLICADOS

- I. EL PORTICO DE LA GLORIA
por Angel del Castillo. Santiago 1949
- II. EL MUSEO DE PONTEVEDRA
por F. J. Sánchez Cantón. Santiago 1950
- III. RIBADAVIA
por M. Chamoso Lamas. Santiago 1950
- IV. SARGADELOS
por J. Filgueira Valverde. Santiago 1951
- V. MONFORTE DE LEMOS
por J. M. Pita Andrade. Santiago 1952
- VI. F. A. DE SOTOMAYOR
por F. J. Sánchez Cantón. Santiago 1952
- VII. LA CATEDRAL DE LUGO
por F. Vázquez Saco. Santiago 1953
- VIII. MONASTERIOS CISTERCIENSES DE GALICIA
por Leopoldo Torres Balbás.

EN PRENSA

- IX. LA CATEDRAL DE SANTIAGO: EL TESORO.
por J. Filgueira Valverde.
EL PORTICO DE LA GLORIA
Reedición con tiradas en inglés y francés.

EN PREPARACION

- X. LA CORUÑA ANTIGUA
por A. del Castillo

BRUCCCA
BIBLIOTECA
MUSEO
DE
ARQUEOLOGIA
E
HISTORIA
DE
SANTIAGO
DE
COMPOSTELA